

## LA GESTA DE LA DEFENSA DE LA POSICIÓN DE BALER, FILIPINAS (30 JUNIO 1898 – 2 JUNIO 1899)

Miguel Ángel LÓPEZ DE LA ASUNCIÓN<sup>1</sup>  
Miguel LEIVA RAMÍREZ<sup>2</sup>

### *RESUMEN*

Entre el 30 de junio de 1898 y el 2 de junio de 1899 una reducida fuerza inicial de 53 militares españoles se vio sitiada en el interior de la iglesia de San Luis Obispo de Tolosa en la localidad de Baler, isla de Luzón (Filipinas). Pese a su marcada inferioridad numérica y la imposibilidad de recibir ayuda exterior, el comportamiento heroico de los defensores y su espíritu de sacrificio hicieron posible que la bandera española ondease orgullosa durante 337 jornadas en lo más alto del campanario de la posición sitiada. En la defensa, asimismo, tomaron parte tres frailes franciscanos, dos de ellos supervivientes al asedio y grandes olvidados de este episodio. La fuerza de los combates, el hambre, la enfermedad, la desesperación y la muerte no impidieron que, cohesionados como si de un solo hombre se tra-

---

<sup>1</sup> Licenciado en Filología Inglesa (Universidad Complutense de Madrid). Miembro de la Asociación Española de Historia Militar (ASEHISMI). Coautor del libro *Los Últimos de Filipinas. Mito y realidad del sitio de Baler* (Actas 2016).

<sup>2</sup> Teniente en situación de reserva. Coautor del libro *Los Últimos de Filipinas. Mito y realidad del sitio de Baler* (Actas 2016).

tase, cumpliesen con su misión y capitulasen honrosamente únicamente tras cerciorarse de estar defendiendo un territorio ajeno a la soberanía española. Su gesta constituye un ejemplo modélico para cualquiera que desde entonces haya tenido el honor de vestir el uniforme militar.

*PALABRAS CLAVE:* Sitio de Baler, Revolución filipina, guerra Hispano Americana, héroes de Baler.

### *ABSTRACT*

Between June 30th, 1898 and June 2nd, 1899, a reduced initial force of 53 Spanish soldiers were besieged inside the church of San Luis Obispo de Tolosa in the town of Baler, Luzon Island (Philippines). Despite the marked numerical inferiority and the impossibility of receiving outside support, the heroic behavior of the defenders and their spirit of sacrifice made it possible for the Spanish flag to fly high and proud for 337 days at the top of the bell tower of the besieged position. Three Franciscan friars also took part in the defense, two of them survivors of the siege and greatly forgotten in this chapter. Not even the force used in each combat, the hunger, the illness, the own desperation or death could prevent that, united as if it were just one man, were able to fulfill their mission and capitulated honorably only after making sure that they were defending a territory foreign to Spanish sovereignty. Their deed constitutes a model example for anyone who has since been honored to wear a military uniform.

*KEY WORDS:* Siege of Baler, Philippine Revolution, Spanish American war, heroes of Baler.

\* \* \* \* \*

### *Antecedentes*

La famosa defensa de 337 días mantenida entre el 30 de junio de 1898 y el 2 de junio del siguiente año no fue la primera que afrontaron fuerzas españolas en el interior de la iglesia de San Luis Obispo en Baler. A pesar de la virulencia de la insurrección tagala en la isla de Luzón, el aislamiento propiciado por la complicadísima orografía y la dificultad de

comunicaciones, favoreció que no se precisase la presencia de un destacamento militar estable en la zona hasta mediados de 1897. Con la insurgencia acorralada en los montes de Biak-na-bató en Bulacán y Nueva Écija, el Gobierno español de Manila estableció la conveniencia de establecer algunos destacamentos en la contracosta de Luzón con dos propósitos principales: defender las poblaciones de la llegada de los insurrectos y evitar que sus puertos sirvieran para el desembarco de armas o como eventual vía de escape para los líderes revolucionarios.

A mediados de septiembre de 1897, el primer teniente José Motta Hidalgo recibió la orden de partir desde la localidad de Aliaga y dirigirse a pie hacia la de Baler al mando de 50 hombres del Batallón de Cazadores Expedicionario n.º 2 con el fin de establecer en la cabecera del distrito de El Príncipe una guarnición permanente. En aquellos momentos, el comandante político-militar allí destinado, capitán Antonio López Irisarri, contaba como única fuerza con un cabo peninsular de la Guardia Civil y cuatro guardias nativos, insuficientes a todas luces para una hipotética defensa. El 20 de septiembre el destacamento puso pie en la población, distribuyéndose sus efectivos, ante la carencia de un lugar para albergarlos a todos, en tres distintas ubicaciones.

Desde su llegada el teniente Motta se preocupó por construir una trinchera defensiva consistente en una zanja circular que rodeaba el pueblo y otra angular que cerraba las dos puertas de la iglesia. En caso de recibir un ataque y perder la trinchera exterior en una primera acometida, los defensores retrocederían a la segunda trinchera y como último recurso se protegerían en el interior del templo hasta la llegada de refuerzos.

Sin embargo, no fueron los únicos que ese mismo día 20 de septiembre llegaron a Baler. La noticia del envío de un destacamento español llegó al Cuartel General del líder insurgente Emilio Aguinaldo que envió un grupo de katipuneros al mando del insurrecto balereño Teodorico Luna Novicio para establecerse en una zona boscosa a tan solo tres kilómetros al sur del pueblo. Novicio supo conseguir los apoyos necesarios de algunos llugareños y de revolucionarios que desde poblaciones cercanas se unieron a su partida.

En la madrugada del 4 al 5 de octubre de 1897, dos cuadrilleros municipales se acercaron al centinela de la plaza, el castellanense Agustín Ochando Pitarch, natural de La Salsadella, mientras un tercero le asestó un machetazo en la cabeza a traición. El centinela antes de desplomarse tuvo tiempo de disparar su fusil y dar la voz de alarma. Simultáneamente, las tres ubicaciones que ocupaban los españoles fueron atacadas por un gran número de enemigos. Aunque los insurgentes no consiguieron su propósito, el destacamento tuvo que lamentar 7 muertos –el teniente Motta entre ellos– y la pérdida de 9 cazadores que fueron hechos prisioneros. El párroco de la lo-

calidad, padre Cándido Gómez-Carreño, también cayó en manos enemigas. Entre los que consiguieron repeler el ataque hubo que lamentar 15 heridos –algunos de muy grave pronóstico– que tuvieron la fortuna de recibir la visita del médico del transporte *Manila* llegado providencialmente la mañana siguiente al ataque a las costas de Baler.

Entre los supervivientes de este primer ataque se encuentran nada menos que 12<sup>3</sup> de los soldados que mantendrían el famoso sitio de 337 días de duración. La fuerza y varios marineros desembarcados del vapor mantuvieron el primer sitio de Baler bajo las órdenes del capitán López Irisarri en el interior del templo hasta la llegada de refuerzos el día 17 del mismo mes.

Ese día llegó a Baler a bordo del *Cebú* el destacamento del capitán Roldán para relevar a los supervivientes del destacamento Motta. El capitán Jesús Roldán Maizonada quedó como jefe interino de la comandancia político-militar y permaneció como jefe del destacamento compuesto por dos tenientes y 103 soldados. Entre los componentes del nuevo destacamento llegaba el cazador Timoteo López Lario, otro de los soldados que posteriormente mantendrían el tercer asedio. Varios fueron en estas semanas los encuentros entre el destacamento y los insurgentes.

Si bien, el 14 de diciembre de 1897 se firma la Paz de Biak-na-bató que ponía fin a la insurgencia y ya sus líderes habían abandonado el país el 23 del mismo mes rumbo a Hong-Kong, en aquel pueblo aislado nadie parecía enterarse de que la guerra se había terminado. El martes 11 de enero, mientras el teniente Lamela efectuaba una descubierta al mando de 20 soldados, se vio sorprendido por una emboscada. Un nutrido fuego acompañado de una lluvia de flechas recibió la llegada de la partida española, resultando heridos el propio teniente y 14 soldados, seis de ellos de carácter grave. Uno de los heridos sería el soldado Timoteo López Lario. Aunque los españoles tuvieron que lamentar dos muertos, consiguieron replegarse y refugiarse en la iglesia. Los hombres de Novicio lograron rodearla, dando así comienzo desde ese momento al segundo asedio a la iglesia de Baler. El 16, llegó el vapor *Compañía de Filipinas* para desembarcar provisiones sin conocer la situación. Aunque fue imposible efectuar la maniobra por el acoso de los insurrectos, Roldán pudo informar mediante el capitán del vapor de su delicada situación al capitán general de las islas.

En respuesta y con la misión de levantar el asedio se formó en Pantabangán una columna compuesta de 400 efectivos bajo al mando del coman-

---

<sup>3</sup> Los soldados del destacamento Motta que posteriormente regresarían a Baler son Marcelo Adrián Obregón, Miguel Méndez Santos, Rafael de San Quintino Alonso Mederos, Antonio Bauza Fullana, Jaime Caldentey Nadal, Ramón Donar Pastor, Francisco Rovira Mompó, Loreto Gallego García, José Jiménez Berro, José Martínez Souto, Ramón Mir Brils y José Pineda Tura.

dante Juan Génova e Iturbe. Acompañando a la columna iban tres cabecillas insurrectos. Su presencia se justificaba por la negativa de muchas partidas rebeldes a aceptar las condiciones de paz y entregar las armas. La marcha comenzó el día 20 de enero y dos días más tarde la columna hizo vivac en San José de Casignan, pueblo vecino a Baler. Al día siguiente, los sitiadores filipinos emprendieron la huida al ver la magnitud de los refuerzos enviados, poniendo fin al segundo asedio a la iglesia tras 12 días de duración.

La tarde del domingo 13 de febrero de 1898, el transporte *Compañía de Filipinas* fondeó en la ensenada de Baler. A bordo llegaban los segundos tenientes Juan Alonso Zayas y Saturnino Martín Cerezo, primer y segundo jefe del nuevo destacamento allí destinado, y 50 individuos de tropa -12 de ellos supervivientes del destacamento Motta- al objeto de relevar la fuerza que en aquellos momentos cubría la guarnición. Con ellos se encontraba el nuevo comandante político militar don Enrique de las Morenas y Fossi y el teniente médico Rogelio Vigil de Quiñones y Alfaro -encargado del establecimiento de una enfermería de nueva creación en Baler para la asistencia y recuperación de enfermos y heridos de los distintos destacamentos establecidos en la zona- y tres subordinados, También regresaba junto a los militares el párroco de Baler, superviviente del ataque insurgente del 5 de octubre. En un principio el nuevo destacamento llegaba con una misión que a priori se alargaría como máximo unos dos meses. Dado que llegaban en época de paz, nada hacía suponer que habrían de permanecer allí, hasta el 17 de junio de 1899.



**Casa de los cabecillas tagalos**

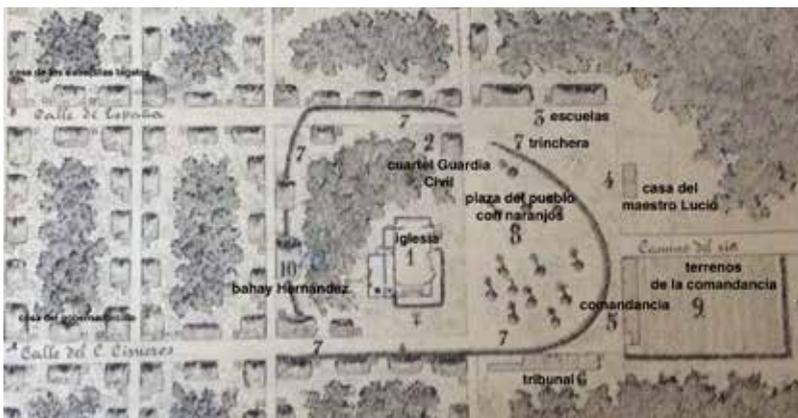
### *El tercer sitio a la iglesia de Baler*

Entre febrero y mayo de 1898, en la capital del distrito del Príncipe se vivía una calma tensa, el nuevo comandante político-militar procuraba la recuperación económica y la lealtad de sus moradores, mientras Teodorico Luna Novicio, erigido como líder local, confabulaba en la sombra preparando la nueva insurrección.

El último correo que pudo llegar de Manila, a primeros de mayo, trajo malas noticias, Estados Unidos había declarado la guerra a España y hundido nuestra flota en Cavite. El posterior bloqueo naval de Manila y la toma de la vecina provincia de Nueva Écija por los rebeldes, dejaría a los defensores de Baler totalmente incomunicados por tierra y por mar con la capital, privándoles de conocer fehacientemente la cruel y cruda realidad de la pérdida del archipiélago filipino. Desconocedores de esa realidad, se verán abocados a una situación que acabaría asombrando al mundo. Creyendo defender los intereses de España, defenderán la más noble de las causas: sus ideales, su honor y el deber que habían contraído al besar la bandera de su Patria -aquella que ondeaba en lo alto del campanario como señal de soberanía-, defenderla a toda costa y hasta las últimas consecuencias. A fe que lo hicieron ¡y de qué manera!



**Distrito del Príncipe**



**Plano del pueblo**

El 26 de junio, Novicio ordenó a los vecinos del pueblo abandonar con sigilo sus casas y dirigirse a las sementeras. Al día siguiente Baler amaneció vacío, confirmando todas las sospechas de que algo grave iba a ocurrir.

El capitán De las Morenas, como militar más caracterizado, dio instrucciones para que el destacamento, la enfermería y el párroco se trasladasen a la iglesia, el edificio más a propósito para lo que se avecinaba, y trasladar los pertrechos con los que habrían de afrontar el asedio, víveres, munición, material de la enfermería, herramientas y 60 cavanos de palay que el padre Carreño había comprado a unos mercaderes de Bongabong.

Sin otra novedad que cuatro desertiones<sup>4</sup> pasaron los días hasta la descubierta del día 30, cuando el teniente Martín y 14 soldados sufrieron una emboscada cerca del puente de España en la que resultó herido grave en el pie izquierdo el cabo Jesús García Quijano. Ante la superioridad numérica del enemigo se replegaron y consiguieron llegar a la iglesia. Comenzaba así el Sitio de Baler.

*El atrincheramiento de la iglesia de Baler.  
Desde inicio del sitio a diciembre de 1898*

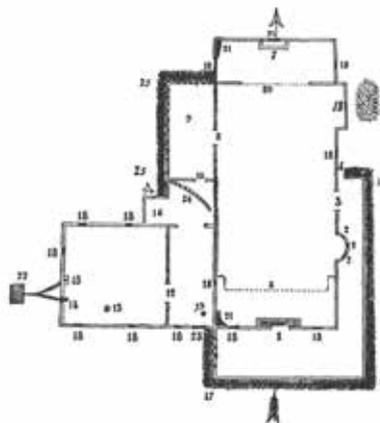
Los primeros días, ambos bandos se dedicaron a prepararse. Esta planificación será fundamental para entender las intenciones y posibilidades de cada parte, así como las pautas que marcarán el desarrollo del asedio.

El teniente Alonso, junto a varios soldados, acometió los trabajos de fortificación orientados a impedir un hipotético asalto a la iglesia. Esta (ver plano), era un edificio de planta rectangular (30m x 10m) sólidamente construido con muros a base de guijarro, cal y arena, de 1,5 m. de espesor, con un techo de cinc a dos aguas rematado frontalmente por un campanario. Adosadas a la iglesia se encontraban la vivienda del párroco -convento- y la sacristía. Al convento se accedía desde el exterior por una puerta que se tapió y, desde la sacristía, por otra que se reforzó con una trinchera en ángulo por la que solo se entraba de uno en uno. Las partes del convento construidas en madera se derribaron, dejando en pie las paredes de mampostería, estas, de dos metros de altura dieron forma a un corral de 5m x 5m, separado de la iglesia por otro patio de 2mx10m, que en realidad era el espacio formado por el derribo de la escalera y el pasillo que conectaba la sacristía con el convento.

---

<sup>4</sup> El 27 los dos sanitarios indígenas, cabo Alfonso Suk Forjas y sanitario Tomás Paladio Paredes junto al soldado Felipe Herrero López. El 29 el soldado Félix García Torres.

- 1 Puerta.
- 2 Baptisterio con tres aspilleras.
- 3 Puerta que da frente al camino del río.
- 4 Entrada a las trincheras.
- 5 Plantaciones de pimientos y tomates.
- 6 Línea del coro.
- 7 Altar mayor.
- 8 Puerta de entrada a la sacristía.
- 9 Sacristía, aspillera.
- 10 Puerta de la sacristía al corral.
- 11 Boquete de salida al foso de la trinchera de la sacristía.
- 12 Paso del primer patio al corral o segundo patio.
- 13 Pozo construido por nosotros.
- 14 Escanudo construido en una de las ventanas del patio.
- 15 Urinario.
- 16 Cuarto de asco con boquete para salida, cuya entrada se cubría por una manta cuando le utilizábamos, construido con cajones llenos de tierra en el lugar que ocupaba la escalera del Convento.
- 17 Trinchera con su foso.
- 18 Ventanas aspillera.
- 19 Horno que se construyó con las baldosas del pino de la iglesia.
- 20 Barandilla del presbiterio.
- 21 Parapetos construidos encima de los muros de la iglesia.
- 22 Pozo negro.
- 23 Entrada del convento, cuya puerta fué terraplenada por dentro.
- 24 Atrinchamiento aspillera para resguardar la puerta de la sacristía.
- 25 Foso y trinchera de la sacristía.



### Plano de la iglesia

Las ventanas<sup>5</sup> se sellaron con maderas, mantas y sacos terreros, dejando una estrecha aspillera para el fusil del centinela que se situaba sobre una fila de cajones a 1,5 m de altura. Las puertas -una principal orientada al sur y otra al este- se reforzaron y terraplenaron. La sacristía, el coro y la torre del campanario construidas en madera, se reforzaron con tablones y sacos terreros. En la sacristía, se construyó interiormente otra pared, rellenándose de arena el espacio entre ambas hasta 1,5 m. de altura. Se abrieron troneras al exterior de la sacristía y el baptisterio y también en el muro del patio para la protección del pozo.

En cada ventana o apertura había un centinela y rondas cada 5 minutos. En el campanario había 2 puestos de centinela, turnándose solamente los mejores tiradores del destacamento<sup>6</sup>. Era la posición más estratégica de la defensa ya que su altura permitía batir todo el perímetro y la zona desfilada de la trinchera filipina.

<sup>5</sup> Las de la nave estaban a más de 3 metros de altura, lo que suponía una protección adicional.

<sup>6</sup> En el Diario de Operaciones, el teniente Martín nombra a los soldados Eustaquio Gopar Hernández, José Hernández Arocha, José Martínez Santos, Ramón Boades Tormo, Ramón Mir Brils, Timoteo López Lario, Felipe Castillo Castillo, Eufemio Sánchez Martínez y Sanitario Europeo Bernardino Sánchez Caínzos, «que con sus certeros disparos causaban el terror del enemigo, siendo por sus buenas cualidades y subordinación los mejores soldados del destacamento». Manila 10 de julio, 1899.

La zona más vulnerable del perímetro exterior quedaba protegida por dos trincheras construidas a un metro de distancia del muro. Una recorría la fachada sur desde la esquina con el convento y giraba hasta pasada la puerta este, y la otra, defendía la sacristía al lado oeste. El acceso se efectuaba por sendos orificios hechos a modo de madriguera. Por los alrededores del edificio se esparcieron multitud de latas vacías para que denunciasen con su ruido la aproximación del enemigo.

La iglesia quedó así convertida en una verdadera fortaleza, uno de los elementos más decisivos para conseguir la prolongada resistencia que sostuvieron. De hecho, los sitiadores, conscientes de la dificultad de romper este dispositivo defensivo, nunca intentaron un ataque cuerpo a cuerpo para hacerse con la iglesia.

Otro aspecto, incluso más determinante fue el pozo. Gracias a la perseverancia del teniente Martín se solucionó una cuestión vital como era, dada la imposibilidad de salir, el abastecimiento autónomo de agua. Su empeño en la prospección del pozo -empresa desecheda anteriormente por creerla inviable- en el corral, dio fruto, encontrándose agua a casi cuatro metros de profundidad.

Paralelamente se realizaron otros trabajos, para la vida diaria un horno para el pan y hornillos para elaborar el rancho, para la higiene unos orificios en la pared oeste a modo de letrina y urinario<sup>7</sup>, un «baño» en el hueco donde estuvo la escalera del convento y para lavar la escasa ropa que tenían<sup>8</sup>, unos barreños con dos barricas de vino seccionadas por la mitad.

Los filipinos por su parte iniciaron un cerco de trincheras alrededor de la iglesia cuyo trazado discurría por debajo de las casas. La zanja tenía unos 3 m. de profundidad y los tiradores se subían sobre un andamio para disparar. Un muro de tierra sobre el frontal y las propias casas que reforzaban y terraplenaban, les servían de protección contra los disparos. En algunas zonas estaban a solo 25 m. de la iglesia y trabajando por las noches fueron cerrando el cerco y aproximándolo al edificio. En el transcurso del sitio, consiguieron acercarse a escasa distancia, pero los españoles lograron retrasarlo saliendo por sorpresa y quemando las casas que utilizaban como protección. En septiembre el protagonista de la hazaña fue Gregorio Catalán Valero y en octubre la repitieron Juan Chamizo García y José Alcaide Bayona.

Frente a frente se situaban dos enemigos muy diferentes. Los sitiados estaban perfectamente fortificados, bien organizados, disciplinados, tenían

<sup>7</sup> Hasta diciembre no dispusieron de pozo negro.

<sup>8</sup> La mayoría del vestuario lo robaron las lavanderas del pueblo el día que lo desalojaron.

en su mayoría experiencia de combate, unos mandos capacitados, tenían además un médico, buen armamento y municiones, víveres y agua. Su principal carencia era la falta de información, esencialmente, conocer cuál era la verdadera suerte de la guerra. La poca que les llegará, vendrá del propio enemigo y no podrán corroborarla. Es cierto que avanzado el sitio llegaron españoles con noticias oficiales, pero para entonces, habían pasado siete largos meses y demasiadas cosas. Así es que aquellos 54 hombres, encerrados en la iglesia de Baler hicieron de la necesidad virtud porque su desinformación les mantuvo siempre en la esperanza de que serían socorridos.

Las fuerzas sitiadoras eran muy superiores en número de efectivos y aunque no disponían de mucho armamento podían hacer rotaciones continuas y hostilizar a voluntad. Otra ventaja es que podían reabastecerse sin dificultad y traer refuerzos. Por otra parte, contaban entre sus filas con veteranos de otras provincias y desertores españoles. Quizás, teniendo a su favor el curso de los acontecimientos, se confiaron, y eso concedió algunas oportunidades a los españoles. La guerra con los americanos incidió de alguna manera, pues las necesidades de otros frentes obligaron a un trasvase de efectivos y cambios en los jefes que mandaban las tropas, si bien la mayoría de estos fueron relevados por no conseguir la rendición de los españoles<sup>9</sup>.

Los dos primeros meses para los filipinos fueron de tanteo y para los españoles de toma de posiciones y de desgaste. El capitán De las Morenas marcó desde el primer día la estrategia a seguir, resistir a toda costa hasta que llegasen fuerzas españolas a socorrerlos, convencido de que eso tarde o temprano sucedería fuera cual fuese el desenlace de la guerra, pues incluso en el caso de que la perdiese España, pensaba, llegarían tropas para su repliegue.

Los filipinos por su parte emplearon todo tipo de tácticas, partiendo con la ventaja que les daba conocer el desarrollo de la guerra, mandaron cartas y emisarios para convencer a los sitiados de que Manila se había rendido al igual que todos los destacamentos españoles y que, en definitiva, su lucha resultaba inútil, pensando de manera naif que se rendirían sin más.

El fuego de fusilería empezó el 3 de julio y ya no cesó hasta la capitulación, alternándose con el de cañón a partir del 31 de julio cuando el coronel Calixto Villacorta utilizó unas piezas traídas desde Casiguran con las que atacó la iglesia por los cuatro costados causando algún destrozo, principalmente en la techumbre. El campanario desde donde les hacían mucho

<sup>9</sup> Desde el inicio hasta el 17 de julio estuvo al mando el coronel Cirilo Gómez Ortiz, que fue sustituido por su falta de eficacia por el coronel Calixto Villacorta, un veterano con fama de hombre duro que también fracasó, siendo relevado en enero (entre agosto y septiembre le sustituyó el capitán Antonio Santos). Teodorico Novicio estuvo al mando hasta el 12 de abril y finalmente, desde esta fecha a la capitulación, el teniente coronel Simón Ocampo Tecson.

daño y la techumbre, quizás la zona más vulnerable, se convirtieron desde el primer día en el objetivo prioritario de los filipinos. El techo lo atacaron con piedras, balas y a cañonazos e incluso intentaron quemar los soportes de madera que lo sustentaban. Estaba lleno de agujeros, de manera que cuando llovía, el agua entraba al interior sin apenas dificultad.

Los españoles por su parte no respondían al fuego filipino. El teniente Alonso en las primeras refriegas, para economizar munición y en vista de que el enemigo permanecía estático, dio la orden de disparar solo cuando el blanco estuviera seguro. Esto descolocaba a los sitiadores obligándoles a disparar sin referencias.

Lo más reseñable hasta septiembre fueron la primera baja del destacamento -el 31 de julio falleció el soldado Julián Galvete Iturmendi, consecuencia de la herida grave que sufrió el 18 cuando estando de puesto en la torre un proyectil rebotó en el cañón de su arma y quedó alojado en su pecho-, la desertión de Jaime Caldentey<sup>10</sup> y la llegada de los párrocos de Casiguran, padres Juan López Guillén y Félix Minaya Rojo. Fueron hechos prisioneros en su parroquia de Casiguran en julio, y después de un mes de cautividad, enviados a Baler como parlamentarios con el propósito de convencer a sus compatriotas a la rendición. Entraron en la iglesia el 20 de agosto y relataron lo que les habían ordenado decir los sitiadores y que tantas veces habían escuchado ya los españoles sobre la rendición de Manila y de los destacamentos, el gran ejército de Emilio Aguinaldo, etc. Después de escucharlos y ansioso por recibir las primeras noticias fiables desde el comienzo de su encierro, el capitán quiso saber su opinión sobre esos argumentos, contestando los religiosos que, en realidad, ni ellos ni ninguno de sus captores habían presenciado nada de todo eso, contaban lo que otros les contaban y nada más.

El hecho de que dos españoles no corroborasen las informaciones que recibían de sus sitiadores, sirvió para reforzar aún más su pertinacia y su desconfianza. De las Morenas les dijo a los frailes que se quedaban en la iglesia. Inicialmente se mostraron contrarios a la idea, pero acabaron aceptando. Desde este momento sufrirían con el resto las penalidades y rigores del asedio.

En el mes de septiembre, a la defensa contra los filipinos, se sumó otro combate mucho más trágico y terrible, un enemigo que llegaba escondido con forma de enfermedad, el beriberi.

Los sitiados achacaron a las deplorables condiciones higiénicas que padecían la llegada de la epidemia, pensando, como se creía entonces,

---

<sup>10</sup> Desertó el 3 de agosto y falleció ese día alcanzado por una bala disparada desde la iglesia cuando intentaba poner en posición el cañón.

que el beriberi era una enfermedad contagiosa, pero se equivocaban, porque el beriberi viene provocado por una deficiencia nutricional. Concretamente la falta de tiamina o vitamina B1, sustancia que no genera nuestro organismo y debe aportarse mediante la suficiente ingestión de alimentos ricos en ella (cereales integrales, carnes, vísceras, huevos, verduras de hoja verde, leguminosas o frutos secos). La deficiente alimentación que consumían fue, y no otra, la causa de la aparición de esta espantosa enfermedad. «Comienza su invasión por las extremidades inferiores, que hincha e inutiliza, cubriéndolas con tumefacciones asquerosas, precedida por una parálisis extraordinaria y un temblor convulsivo, va subiendo y subiendo como el cieno sobre los cuerpos sumergidos, y cuando alcanza su desarrollo a ciertos órganos, produce la muerte con aterradores sufrimientos»<sup>11</sup>.

Aunque no estaban en lo cierto con respecto a la etiología del beriberi, es verdad que las condiciones que debían soportar eran casi inhumanas. En 300 m<sup>2</sup>, sin apenas ventilación y en penumbra convivían 54 personas. Efectivamente, la fortificación impedía que entrase el enemigo, pero tampoco lo hacían el aire y la luz. Una parte del espacio lo restaban los suministros, 125 sacos, 12.000 latas de sardinas, 600 kg de tocino, 60 cavanos de palay (2640kg) y 16 cajas de munición. La iglesia era cuerpo de guardia, dormitorio, sala de estar, calabozo, enfermería y tristemente se convertiría también en cementerio<sup>12</sup>. Muchos víveres estaban averiados, y desprendían un olor nauseabundo. Apenas podían hacer ejercicio físico, la humedad era asfixiante y calaba hasta los huesos y cuando llovía el suelo se encharcaba<sup>13</sup>, la falta de sueño, el cansancio, el hambre, el estrés todo sumaba para desgastar día tras día a los sitiados.

La epidemia de beriberi se desarrolló entre septiembre y diciembre de 1898, sin duda, el periodo más crítico del asedio. Será cuando se ponga a prueba la resistencia física y moral y la capacidad de sufrimiento de los sitiados hasta límites insospechados.

A mediados del mes de septiembre aparecieron los primeros síntomas del beriberi. Su primera víctima mortal fue el padre Gómez Carreño, hombre de precaria salud que además arrastraba un catarro intestinal, falleció el 25 de septiembre. Por su carisma y carácter constituía un referente para todos y su pérdida fue muy sentida.

<sup>11</sup> MARTÍN CERREZO, Saturnino: *El Sitio de Baler, Notas y Recuerdos*. Primera Edición.

<sup>12</sup> Trece de los 19 fallecidos se enterraron dentro de la zona de vida si incluimos la sacristía y el patio.

<sup>13</sup> En octubre la mayoría estaban medio descalzos y para evitar el contacto con el suelo, confeccionaron unas abarcas con un pedazo de madera amarrado al pie con cuerdas.

Las muertes continuaron en octubre, el 9 por la noche falleció el cabo José Chaves Martín y en la madrugada del 10, el soldado Ramón Donat Pastor. Los ataques se sumaban a las desgracias y arreciaban con más saña. El 13 a media tarde sufrieron uno especialmente violento. La esquirla de un proyectil hirió de gravedad al teniente Vigil en el costado derecho<sup>14</sup> mientras rezaban el Rosario, una costumbre diaria que instauró el padre Carreño y que muchos continuaron el resto de su vida.

El día 18 falleció de beriberi el teniente Alonso, asumiendo su compañero Martín el mando del destacamento. Este triste relevo coincidió con el agravamiento de la situación. El capitán ya presentaba síntomas de la enfermedad, el médico estaba gravemente herido y algunos días solo 18 individuos estaban en condiciones. En las guardias también se turnaban los enfermos, que eran llevados en brazos desde el catre hasta el puesto. Impresionaba ver aquellos hombres plantados frente a la aspillera, vigilantes en la oscuridad bajo un inmenso silencio que solo se rompía con el ruido de los tosidos.

En un intento de mejorar la higiene del recinto el teniente Martín cambió el terraplenado de la puerta por otro sistema que permitía la circulación de aire fresco y colocó un canalillo de lata en el urinario que vertía al exterior<sup>15</sup>. Pero la muerte no otorgaba un respiro, el 22 fallecía el soldado José Lafarga Abad de disentería y el 25 Román López Lozano de beriberi. Al mismo tiempo el combate no daba tregua, el 22 un cañonazo echó abajo la tronera de una ventana<sup>16</sup>. Aquellos hombres estaban tan agotados que los trabajos para repararla no pudieron acometerse y el capitán, en una de sus últimas órdenes, aumentó el tocino del rancho y autorizó la venta de víveres para mejorar la alimentación.

El papel del teniente médico Vigil de Quiñones fue en todo momento ejemplar, pero especialmente en esta etapa. La presencia del médico reconfortaba y daba esperanza a los enfermos. Vigil se curaba la herida con la ayuda de un espejo y se hacía trasladar en una silla para atender a los enfermos y heridos.

Aquellos valientes, esperaban la muerte con resignación e incluso con ironía, llegando a elaborar unas listas que llamaban «expediciones a la otra vida» en la que los enfermos se ordenaban según su evolución. Algunos estaban en «expectación de embarque» incluso vaticinaban fulano y mengano marcharán en la primera expedición, en la segunda irán este y este, y así sucesivamente.

<sup>14</sup> Según su nieta, cabía un puño en el hueco dejado por la cicatriz

<sup>15</sup> El corral era un verdadero foco de inmundicia y de moscas.

<sup>16</sup> Al otro día una bala entró por esa ventana hiriendo gravemente a Miguel Pérez Leal en su mano derecha dejándola inútil de por vida.

En el mes de noviembre se recrudeció el beriberi, el 8 falleció el soldado Juan Fuentes Damiá. El 9 fueron otros dos, Baldomero Larrodé Paracuellos y Manuel Navarro León y pocos días más tarde Pedro Izquierdo Arnáiz. Apenas 12 hombres no manifestaban ningún síntoma de la enfermedad.

El 22 de noviembre fallecía de beriberi el capitán De Las Morenas después de una larga agonía en la que llegó a sufrir delirios. Hasta el final, contestó a las cartas con la misma firmeza «no nos rendiremos». Se ganó la admiración y el cariño de todos por su determinación y temple sereno. Mantuvo el mando durante 145 días, ese honor durante los siguientes 192, recaería en el teniente Martín Cerezo.

Con él quedan 42 individuos, la mayoría enfermos de beriberi, incluidos el médico y el padre López y los sanos están prácticamente exhaustos. Cada día hay menos víveres, apenas habichuelas, tocino, arroz, café, azúcar y harina. El enemigo se muestra más decidido en acabar el asedio a toda costa y aumenta la intensidad de los ataques. La situación requiere mucha entereza y arrojo, cualidades que demostró con creces este gran mijaideño. Continuará la defensa a todo trance siguiendo fielmente la esperanza de que serían socorridos.

Ahora, el enemigo no debe conocer el drama que se vive dentro, la enfermedad, las fuerzas al límite, o la escasez de víveres. Por eso solamente los individuos que presenten mejor aspecto en su apariencia y vestuario podrán salir a la trinchera. Y para no descubrir la muerte del capitán, desde este momento, el teniente Martín no admitirá parlamentos ni contestará más cartas.

Para los soldados, esto aumentó su sensación de enclaustramiento. Para los de fuera, la falta de todo referente hizo que aparecieran sospechas de todo tipo, de hecho, no tendrían certeza de la situación real que se vive dentro hasta el mes de mayo de 1899. Los soldados intentaron paliar la monotonía cantando y bromeando, consiguiendo levantar así la moral. La capacidad de estos hombres para superar cualquier obstáculo era admirable.

En diciembre, los combates fueron tan violentos que temieron un asalto a la iglesia. La enfermedad seguía castigando y aunque la herida del teniente Vigil, estaba cicatrizada, el beriberi se había agravado. El día 8 falleció Rafael Alonso Mederos, el primero en ser enterrado fuera de la iglesia. Cada noche dormían con la tristeza de hacerlo sobre las tumbas de sus compañeros.

En estos momentos, cuando el sufrimiento y el cansancio físico más pesaban en el ánimo, los sitiadores comenzaron a aplicar nuevas tácticas de guerra psicológica. Unas veces alternaban los cañonazos con lanzamientos

de piedras que provocaban un sonido ensordecedor al caer sobre el tejado de cinc, otras gritaban como alimañas o armaban juergas en las trincheras llevando mujeres para que los españoles las escucharan, o a los desertores gritando proclamas para intentar atraer a los soldados.

Pero la grandeza de los héroes de Baler, brilla precisamente cuanto más adversa es la situación y van a conseguir lo que parecía imposible, darle la vuelta a la situación. Conscientes de que, si no cambiaban algo su fin estaba irremediabilmente cerca, decidieron efectuar una salida para quemar el pueblo y, si era posible, capturar algún prisionero para sacarle información.

A estas alturas del asedio había 16 enfermos de beriberi -entre ellos el teniente Vigil y el padre López-, 2 con fiebres, 3 con disentería y 2 heridos. Solamente quedaban 15 soldados en condiciones para efectuar la salida. Débiles y hambrientos tendrían que enfrentarse a decenas de insurrectos parapetados en la trinchera, pero, preferían morir de un disparo antes que de beriberi. La salida parecía una verdadera locura, un suicidio, pero existía una posibilidad de alcanzar el éxito y a ella iban a agarrarse, el factor sorpresa. El teniente Martín sabía que un fracaso abocaría a todos a la rendición. Vigilaba los movimientos de los sitiadores esperando el momento oportuno.

Una casualidad aceleró los planes. Las lluvias de noviembre habían hecho crecer las hierbas y las plantas en la parte noroeste, de manera que los dos tenientes salían a escondidas de la iglesia durante la noche y comían algunas de esas hierbas. Una noche fueron descubiertos, poniéndose así fin a aquellas salidas. El caso es que el médico había observado una mejoría en su enfermedad que relacionó, acertadamente, con la ingesta de aquellas hierbas, pues al interrumpirse las salidas, empeoró considerablemente. El 13 de diciembre, llamó a su compañero y le dijo «Martín yo ya me muero; estoy muy malo. Si pudiesen traer algo verde de fuera quizá mejoraría, y como yo, estos otros enfermos»<sup>17</sup>. Ante la situación, el teniente decidió actuar, «mañana quemaremos el pueblo», le confió a Vigil.

El 14 el teniente Martín se levantó temprano y observó detenidamente las posiciones de los sitiadores, se encontraban más tranquilas de lo usual. La operación sería a las once de la mañana, la hora menos previsible para un ataque.

Todos los soldados se presentaron voluntarios, seleccionándose a los diez con mejores condiciones físicas y su mando al cabo José Olivares Conejero<sup>18</sup>.

<sup>17</sup> MARTÍN CERESO, Saturnino. Opus cit.

<sup>18</sup> Los soldados fueron Marcelo Adrián, Antonio Bauzá, Ramón Boades, Gregorio Catalán, José Chamizo, Santos Roncal, Marcos José, Marcos Mateo, Miguel Méndez, Ramón Mir.

Salieron por la trinchera de la sacristía, calaron el machete y desplegados en abanico se dirigieron a las casas del lado oeste frente a la iglesia, concretamente una desde la que salía humo, con la intención de coger algún prisionero, pero el centinela filipino al verlos huyó despavorido. Cien casas de nipa y caña fueron pasto de las llamas en una rápida maniobra favorecida por el viento del suroeste que dejó despejada una zona de 200 m. alrededor de la iglesia y destruida parte de la trinchera<sup>19</sup>.

Gracias a aquella proeza habían conseguido comprar un tiempo valioso. Se habían jugado el todo por el todo y habían ganado. Los beneficios de aquella salida fueron muchos<sup>20</sup>, pero el principal fue vencer la epidemia de beriberi gracias al aporte de «verde» al rancho<sup>21</sup>, tal y como pensaba el médico Vigil de Quiñones, que con esta intuición consiguió vencer el beriberi y salvar al destacamento. Sin duda el 14 de diciembre marcaría un antes y un después en el desarrollo del asedio.



**El padre Juan López durante el traslado de los cuerpos**

<sup>19</sup> Cuando entraron en la iglesia, el teniente Vigil de Quiñones casi llorando le entregó a Olivares su reloj de bolsillo en reconocimiento por la hazaña que habían hecho. Aquel reloj, «que marcó las últimas horas del Imperio Español» fue devuelto por el cabo Olivares al hijo de Vigil de Quiñones acompañado de una emotiva carta fechada en Caudete, el 4 de marzo de 1946.

<sup>20</sup> Ganaron espacio y seguridad, pudieron abrir las puertas y dejar pasar el Sol y el aire por primera vez en cinco meses, limpiaron el corral de restos fecales e inmundicias y abrieron un pozo ciego al otro lado de la pared, repararon los agujeros del techo y lo afirmaron en las cornisas con unos clavos de la comandancia.

<sup>21</sup> Dos hombres salían diariamente a recoger hojas de calabacera, naranjas de la plaza y varias hierbas con las que se complementaba el rancho. Además, previsoramente, sembraron un pequeño huerto en la trinchera al lado de la puerta este.

*Primeros intentos de socorrer al destacamento.*

Aunque parezca sorprendente, la cuestión de Baler no trascendía más allá de las fuerzas filipinas, ya que las autoridades españolas no conocieron que el destacamento seguía combatiendo hasta que el 1 de diciembre de 1898, *El Soldado Español*, un periódico de Manila, publicó la sorprendente noticia. Conocida así la anómala situación del destacamento, se iniciaron las gestiones para conseguir la evacuación de aquellos soldados a Manila y desde allí a la Península<sup>22</sup>.

El general Diego de los Ríos y Nicolau, gobernador general y capitán general de Filipinas, se trasladó después de la firma del Tratado de París desde Ilo-Ilo a Manila. Allí dio prioridad a dos cuestiones, la liberación de los prisioneros españoles y la evacuación de la guarnición de Baler. Los de Baler, no eran prisioneros, no se habían rendido, ni tenían intención de hacerlo. La dificultad con respecto a ellos era cómo llegar hasta allí y evacuarlos a Manila. Pronto comprendería que el verdadero problema iba a ser otro, convencerlos. Por tres veces se intentó la evacuación.

De los Ríos negoció con el Gobierno revolucionario filipino la comisión de un oficial español a Baler. El capitán de Infantería Miguel Olmedo Calvo, a punto de ser repatriado a la Península, se presentó voluntario para efectuarla debido a su estrecha amistad con el capitán De las Morenas. Llegó a Baler el 15 de febrero. Consiguió parlamentar con los sitiados y preguntó por el capitán De las Morenas a fin de entregarle la siguiente orden escrita:

«Habiéndose firmado el tratado de paz entre España y los Estados Unidos, y habiendo sido cedida la soberanía de estas Islas a la última nación citada, se servirá usted evacuar la plaza, trayéndose el armamento, municiones y las arcas del tesoro, ciñéndose a las instrucciones verbales que de mi orden le dará el Capitán de Infantería don Miguel Olmedo y Calvo. – Dios guarde a usted muchos años. – Manila, 1 de febrero de 1899. – Diego de los Ríos. Señor Comandante Político Militar del Distrito del Príncipe, Capitán de Infantería D. Enrique De las Morenas y Fossi».

<sup>22</sup> El asunto se retrasó porque el 13 de diciembre, en un rocambolesco episodio, el desertor Paladio Paredes se presentó en Manila diciendo que el destacamento se había rendido y sus hombres estaban prisioneros desde octubre. Finalmente, el capitán Jesús Roldán Maizonada, que estuvo prisionero en San Isidro, fue quien confirmaría la noticia de *El Español* tras ser liberado, el destacamento seguía combatiendo.

La desconfianza sobre la autenticidad de Olmedo tras lo ocurrido en diciembre con Belloto<sup>23</sup> y la necesidad de ocultar la muerte del capitán, dieron al traste con el encuentro. Poco ayudaron el hecho de presentarse de paisano y la propia redacción de la orden que el teniente Martín halló poco fiable: «¿las arcas del tesoro?», además iba dirigido al «Señor Comandante Político Militar del Distrito del Príncipe, Capitán de Infantería D. Enrique de las Morenas y Fossi», una redundancia inusual. Una orden de esa relevancia exigía para su ejecución la certeza de su autenticidad y este no era el caso. Le dijo que se marchase, que ya le contestaría.

Olmedo estuvo unos días esperando la respuesta en la casa del gobernadorcillo, confirmando así, de pleno, las sospechas del teniente Martín de que Olmedo debía ser algún jefe insurrecto. Después de cinco días de intentar en vano un nuevo parlamento, Olmedo regresó a Manila. No entendía nada y quedó verdaderamente frustrado de que su amigo no le hubiera atendido. Obviamente desconocía su muerte. En abril regresó a la Península, manifestando sus sospechas sobre lo que sucedía en Baler y su preocupación por lo que pudiera ocurrirle a su amigo De las Morenas. A partir de aquí parte de la prensa nacional publicó barbaridades como que el padre Carreño estaba amenazado por los del pueblo y, para salvarse, obligaba al destacamento a resistir y que al capitán, que era partidario de capitular, lo habían matado o estaba preso. La confusión se apoderó de la opinión pública española hasta incluso después de la capitulación.

Antes de esto, a su regreso a Manila, Olmedo remarcó en su informe que los sitiados no obedecerían orden alguna que no fuera avalada por fuerza española y que la evacuación se efectuara por mar. También dio conocimiento al arzobispo Nozaleda de la presencia de cuatro franciscanos en Baler<sup>24</sup>.

Los americanos no autorizaron el desplazamiento de fuerzas españolas, pero, tras conversaciones con el general de los Ríos y el arzobispo Nozaleda, el almirante Dewey decidió enviar al cañonero *USS Yorktown* a Baler con una carta escrita en español para entregársela al jefe de las tropas españolas indicando el origen y el propósito de su llegada.

---

<sup>23</sup> El capitán Calos Belloto Valiart, estando prisionero en San Isidro fue obligado a ir a Baler como parlamentario. La oportunidad de que un oficial español, a quien el teniente Martín conocía, pudiera traer noticias fidedignas, le hizo aceptar una tregua que solicitaron para poder efectuar el parlamento. Respondió de palabra al emisario que aceptaba y esperaría al capitán en la plaza. Salió jugándose la vida y esperó un rato, pero como nadie se presentó, dio orden de disparar a quien se acercase pensando que todo había sido un engaño para conocer su reacción. Lo cierto es que Belloto, que no quería traicionar a sus compañeros, dilató la salida argumentando que no acudiría hasta no tener seguridad por escrito de que los sitiados aceptaban la tregua. Cuando enviaron a alguien al efecto, fue recibido a tiros y Belloto se salió con la suya.

<sup>24</sup> Además de la muerte del capitán ignoraba la del padre Carreño. El cuarto franciscano era Mariano Gil Atienza, que estuvo preso en el pueblo desde noviembre de 1898 hasta marzo de 1899

La misión del *USS Yorktown*, que permaneció fondeado en la ensenada de Baler entre el 11 y el 14 de abril de 1899, fue un cúmulo de despropósitos, un fiasco que acabó con la captura de los primeros prisioneros americanos en poder de los filipinos y el desánimo entre muchos de los sitiados que vieron perderse con la estela del barco, que creyeron era español, la última oportunidad de ser socorridos. Sin embargo, esa última oportunidad estaba por llegar y de ella hablaremos en su momento.

### *Desde enero a la capitulación*

Después de la quema del pueblo y hasta final de marzo llegó un periodo de transición. Los filipinos aprovechando la noche, acometieron la construcción de una nueva trinchera a unos 400 metros de la zona noroestesuroeste de la iglesia. Esto permitió a los españoles salir durante varias semanas al aire libre por el muro este con relativa tranquilidad hasta el momento que el trazado alcanzó la plaza y comprometió en adelante aquellas salidas.

Puertas adentro, el 25 de febrero, se descubrió un complot en el que el cabo González Toca, los soldados Menache y Alcaide no solo tenían pensado desertar, sino inducir al resto a que los siguieran. El plan se descubrió en unas diligencias que abrió el teniente Martín tras la fallida deserción de Menache. Los tres fueron encerrados y engrilletados en el baptisterio, con un vigilante día y noche en la puerta. El desgate del sitio, la presión diaria que soportaban, el hambre, la muerte de los compañeros y la incertidumbre sobre su situación acabó haciendo mella en todos, la mayoría admirablemente lo superaban, para otros desgraciadamente, el desánimo se convirtió en traición.

A partir del 30 de marzo aumentaron los efectivos que sitiaban la iglesia hasta 500 y comenzaron a utilizar una pieza de artillería traída desde el arsenal de Cavite.

En abril, la captura de los marineros del *USS Yorktown* hizo temer a las tropas de Baler que los americanos pusiesen allí el foco de sus operaciones, endurecieron los combates y multiplicaron los intentos de parlamento. Incluso el día 20 intentaron quemar nuevamente la iglesia<sup>25</sup> por la pared norte. La opción para rechazar a los filipinos allí agazapados, era efectuar una peligrosa salida, pero en ese momento, el teniente Vigil sacó el brazo empuñando su revolver por la aspillería del altar y, arriesgándose a que se lo cercenasen de un machetazo, disparó hacia dónde venían los ruidos

<sup>25</sup> La primera vez fue el 7 de agosto gracias a la información que dio el desertor Caldentey.

logrando poner en huida a los asaltantes. Al día siguiente vieron la hierba aplastada y unos haces de leña colocados para que ardiese la sacristía.

A partir de estas fechas, la cuestión de la comida, el hambre, marcará el sino del asedio. Recapitulando, conocemos los víveres existentes a partir del 18 de octubre, fecha en que el teniente Martín asumió el mando del destacamento<sup>26</sup>. Con ellos se fue elaborando el rancho, que a mediados de diciembre se «enriqueció» con las plantas que recogían, que, si bien aportaban la salvadora tiamina, mucha hambre no quitaban, pues en enero comenzaron a comerse los roedores, reptiles, pájaros, insectos y cualquier animal que se despistara cerca de la iglesia. Fue entonces cuando el teniente Martín pidió al padre López los 60 cavanos de palay<sup>27</sup>. A partir de entonces, la base de la alimentación se limitó a la morisqueta<sup>28</sup> con un añadido de hierbas y hoja de calabacera. En febrero se quedaron sin harina y, por ende, sin pan, aunque milagrosamente aparecieron frente a la iglesia unos carabaos con los que se dieron un festín de carne durante unos días<sup>29</sup>.

El 8 de abril, se acabó el tocino y el rancho se redujo a 3 kg de habichuelas por la mañana y otros tantos por la tarde, algo de mungo<sup>30</sup>, unos 2 kg. de arroz a repartir entre todos y 2 latas de sardinas<sup>31</sup> por cabeza, todo mezclado con hojas cocidas de calabacera. Días más tarde, el 24 se terminaron las habichuelas y el café, limitándose a partir de entonces el rancho a unas hojas de naranjo hervidas para el desayuno, y en las comidas 5 kg. de arroz a repartir entre toda la fuerza y dos latas de sardina por individuo. A estas alturas habían casi asolado de tallos y plantas los alrededores y resultaba difícil encontrarse con algún pájaro, reptil o roedor que echarse a la boca. Aunque llevaban pasando hambre más de nueve meses, desde ahora serán conscientes de que las posibilidades de seguir engañando al estómago son cada vez menos. El teniente Martín, que se las ingeniaba para estirar los remanentes, se planteó que cuando solamente tuviese para dos o tres días habría llegado el momento de salir a la desesperada e intentar llegar a Manila.

<sup>26</sup> 765 Kg de harina (más 1150 en muy mal estado), 100 Kg de garbanzos (más 250 en muy mal estado), 387,5 Kg de habichuelas, 125 Kg de arroz, 150 Kg de mungo, 45 Kg de café (más 15 en mal estado), 161 Kg de azúcar, 37,5 litros de aceite, 6 @ de manteca, 607 Kg de tocino, 12.000 latas de sardina, 60 cavanos de arroz.

<sup>27</sup> El palay había que descascarillarlo, una laboriosa tarea de dos horas diarias que se sumaba a la debilidad y el cansancio de los soldados francos de servicio. Del palay se aprovechaba solo un tercio después de pelado y, lo que resulta irónico, con la cáscara tiraban una valiosa aportación de Vitamina B1

<sup>28</sup> Arroz cocido sin sal

<sup>29</sup> Con las pieles hicieron unas alpargatas que sustituyeron a las de madera.

<sup>30</sup> Especie de judía, más pequeña que una lenteja.

<sup>31</sup> Como la mayoría de ellas estaban podridas, los soldados se reunían para repartirse las que se podían aprovechar.

El 7 de mayo una bala penetró por una de las aspilleras rebotó en la pared y terminó impactando en el pecho del centinela Salvador Santamaría Aparicio, que falleció cinco días después.

El 8 un cañonazo impactó en el baptisterio abriendo un boquete e hiriendo a los tres presos, que fueron trasladados a la nave atados con grilletes para ser curados. En un descuido durante el reparto del rancho, el soldado José Alcaide Bayona consiguió liberarse y escapar por una ventana. Su evasión fue un duro golpe para el destacamento. El desertor conocía la escasez de víveres que padecían y detalles que comprometían la continuidad de la defensa y los planes de salida. El teniente Martín, viendo el desánimo que había cundido, reunió a todos para minimizar la situación y animarlos.

El 19 de mayo, Marcos José Petanas murió por una disentería que venía arrastrando y ese mismo día hubo de reducirse la ración de arroz. La debilidad de muchos de los soldados era notoria, pero seguían cumpliendo con entereza sus deberes de centinela, ayudados por los que mantenían algo más de fuerzas, eran transportados hasta su posición y tras ser literalmente colocados en su puesto, realizaban la guardia sentados en una silla o recostados en la pared, «llegó a darse el caso de algunos soldados que se tiraron de las camas donde convalecían y arrastrándose hasta su posición de combate, ayudaron a repeler los ataques del enemigo<sup>32</sup>».

Las confidencias del desertor Alcaide dieron suficiente información a los sitiadores para que la noche del 28 se acercaran sigilosamente a la pared oeste del corral, abriesen un boquete en una ventana y ampliaran desde fuera el urinario. El objeto era hacerse con el control del pozo e impedir el abastecimiento de agua. El centinela avisó al oír unos ruidos, pero en la oscuridad no se apreció nada. El teniente previsoriamente reforzó con otro centinela la vigilancia de los patios.

A la mañana siguiente pudieron ver los destrozos y al intentar acceder al corral, fueron sorprendidos por una descarga de fusilería. Ante esta peligrosa situación el teniente Martín situó a sus mejores tiradores sobre el muro que separaba los dos patios y se posicionó con cinco soldados<sup>33</sup> pertrechados con azadones y palas, a una señal, los tiradores hicieron puntería sobre las diminutas aspilleras por donde disparaba el enemigo y arriesgando su vida, revolver en mano, el teniente Martín dirigió a los cinco soldados hasta lograr cegar los orificios. La celeridad en la maniobra permitió retomar el control del pozo sin tener que lamentar bajas.

<sup>32</sup> Notas personales teniente Martín Cerezo. Archivo familiar.

<sup>33</sup> Pérez Leal, Chamizo Lucas, Gopar Hernández, Hernández Arocha y Cervantes Dato

Pero los atacantes permanecían pegados al muro esperando volver a intentarlo. La astucia llevó entonces a una brillante argucia, hirvieron agua en dos calderos y con ayuda de un palo a cuyo extremo se había atado una lata, la vertieron sobre los que se parapetaban tras la pared. El agua hirviendo al caer sobre los filipinos hizo estragos y en pocos minutos los que no murieron por las balas españolas cuando intentaban regresar a su trinchera, lo hicieron por las graves quemaduras. El resultado después de tres horas de combate, fueron varios heridos y 17 muertos que quedaron diseminados en tierra de nadie sin poder ser retirados hasta después de la capitulación.

El general de los Ríos realizó un último intento de socorrer al destacamento. Desde Zamboanga, donde dirigía la repatriación de las tropas españolas de Mindanao y Joló, mandó a Baler a bordo del vapor *Uranus*, a un hombre de su confianza, el teniente coronel de Estado Mayor Cristóbal Aguilar y Castañeda y una orden para conducir con él al destacamento hasta Manila:

«...Habiéndose firmado y ratificado el tratado de paz entre el gobierno español y el de los Estados Unidos y cediéndose, con arreglo a él, a la nación últimamente citada la soberanía de Filipinas, se servirá usted evacuar la plaza de Baler con arreglo a las instrucciones verbales que le comunicará el teniente coronel de E.M. don Cristóbal Aguilar que marcha en el vapor *Uranus*. Dios que a usted guarde muchos años. Zamboanga, 24 de mayo de 1899. Ríos. Al comandante del destacamento de Baler».

El *Uranus* fondeó en la ensenada de Baler la mañana del día 29 mayo, pudiendo percibir el nutrido fuego que aún se sostenía en la iglesia. El teniente coronel Aguilar negoció con el jefe de las fuerzas sitiadoras teniente coronel Simón Ocampo Tecson -jefe de las fuerzas sitiadoras en esos momentos-, logrando un acuerdo que permitía la liberación del destacamento portando inclusive su armamento. Aunque también intentó que los frailes formasen parte de la partida, los filipinos se negaron en rotundo manifestando que los religiosos ya eran prisioneros suyos cuando entraron en la iglesia y no compartían la misma situación que los militares españoles.

Aguilar sostuvo dos parlamentos con el teniente Martín sin poder lograr su objetivo. Sus modales y comportamiento generaron dudas entre muchos de los sitiados que lo vieron como un oficial del Ejército español, aunque la mayoría, al igual que el teniente, consideraron que se trataba de un desertor. En resumen, después de varias negativas a cumplir la orden del general, el teniente Martín manifestó que únicamente abandonaría Baler si este aparecía con fuerza española para tal fin o en todo caso en persona y mintió intencionadamente diciendo que contaban con víveres y munición

suficientes hasta el 15 de agosto, teniendo previsto emprender la marcha a Manila el 11. Aguilar hubo de resignarse a la evidencia, le dijo que desperdiciaba la última oportunidad de ser socorrido y se despidió deseándoles suerte y dejando sobre la trinchera unos periódicos españoles<sup>34</sup>.

Antes de abandonar Baler, el 31 de mayo, Aguilar escuchó de los desertores una absurda versión que explicaba, según ellos, el extraño comportamiento de los sitiados. Habían asesinado al capitán De las Morenas y al teniente Alonso con objeto de apoderarse de unos 12.000 duros que había en la caja de la comandancia y, por eso, se negaban a capitular o presentarse a los emisarios españoles que se enviaban a Baler.

Cuando llegó a Manila, entregó su informe a de los Ríos en el que afirmaba que su misión había fracasado porque se tropezó con una obstinación jamás vista o con un espíritu perturbado<sup>35</sup>.

De los Ríos antes de zarpar envió un telegrama al ministro del Ejército (general Polavieja) informando de la negativa del teniente Martín a evacuar Baler y dejando en el aire alguna sospecha. Todo resultaba muy extraño y nadie encontraba razones para justificar tanta tozudez. Solo unos pocos defendían a estas alturas el honor de los sitiados.

En Baler, el teniente Martín se hacía su composición de lugar. Si como afirmó el teniente coronel Aguilar en uno de los parlamentos, los sitiadores esperaban su rápida rendición, era probable que se confiaran y relajasen la vigilancia, ofreciéndoles la oportunidad de salir a la desesperada. La rendición no la contemplada de ninguna manera. Echando un vistazo a las provisiones comprobó las existencias, solamente quedaba algo de arroz y unas pocas latas de sardinas, definitivamente, pensó que había llegado el momento. Saldrían el primero de junio.

Al amanecer de este día, seleccionaron los fusiles en mejores condiciones y quemaron los 14 *Máuser* sobrantes junto a un rifle y un fusil *Remington*. Se repartió munición para cada uno e inutilizaron la sobrante, y se entregó una manta por individuo.

Los dos presos, suponían un estorbo para los planes de salida, pero aun así, el teniente Martín decidió llevarlos. Mientras el resto estaba con los preparativos, se acercó al calabozo para hablar con ellos y convencerlos para que marchasen con ellos. La reacción contraria y violenta de estos le hizo entender que suponían un peligro para la suerte de todos. La decisión a

<sup>34</sup> Para el médico y los frailes, la tipografía, el papel y el estilo editorial de aquellos periódicos les parecían auténticos, pero el teniente Martín estaba convencido de que solo eran unas burdas falsificaciones.

<sup>35</sup> AGMS. Informe sobre la comisión Aguilar al general Ríos. Expediente personal del teniente coronel Cristóbal Aguilar y Castañeda. Leg. A-361

la que se resistía resultó inevitable. Salió al patio, eran entre las once y doce de la mañana y llamó aparte a los soldados Ramón Mir Brils y Ramón Bua-des Tormo, dos de los mejores tiradores del destacamento. Cada uno apuntó a un preso a la cabeza y a la orden dispararon<sup>36</sup>.

Este asunto es uno de los más controvertidos del asedio. A este respecto, cabe decir que el teniente Martín informó oportunamente de lo sucedido a su llegada a Manila y que a su vuelta a España, en abril de 1900 se abrió una causa para dictaminar si hubo alguna responsabilidad penal en los fusilamientos que se cerró con el sobreseimiento definitivo de la misma en octubre de 1902.

El teniente Vigil, hombre de profundas convicciones religiosas, se lamentó de que no se hubiese dado consuelo espiritual a los fusilados y afirmó que la manera en que se efectuó debiera haberse adaptado a lo establecido por las leyes. Algo en lo que coincidió el cabo José Olivares Conejero.

Los sitiadores conscientes de que el momento de la salida estaba cerca, habían extremado la vigilancia. El día señalado, el cielo estaba despejado y había mucha claridad. No hubo más remedio que posponer la salida para la noche siguiente. Cuando amaneció el día 2, el teniente volvió a ojear los periódicos. Una sencilla noticia que leyó en *La Correspondencia Militar* del 6 marzo 1899 llamó su atención. Dentro de la sección dedicada a movimiento de personal, el segundo teniente de la Escala de Reserva, Francisco Díaz Navarro, pasaba destinado a Málaga.

Martín conocía a este oficial. Habían sido sargentos e íntimos amigos en el Regimiento Borbón nº. 17 de Málaga. Al ascender a teniente, Navarro fue destinado a Cuba y Martín a Filipinas. Finalizada la guerra en Cuba, Navarro tenía intención de regresar destinado a Málaga, donde residía su familia y su novia. Esto no podía ser inventado y efectivamente los periódicos eran españoles y las noticias verdaderas. España ya no ejercía ninguna soberanía sobre Filipinas y mantener la posición carecía de sentido.

¿Qué hacer ahora? Convencido ya de la pérdida de Filipinas y pensando en la mejor solución para los soldados se decidió por la capitulación. La salida al bosque, dadas las circunstancias, sería llevar a sus hombres a una muerte segura.

Cuando fueron conscientes de la realidad, la decisión a tomar, dividió a los sitiados. El teniente médico Vigil de Quiñones era inicialmente uno de los acérrimos defensores de fugarse al bosque, prefería morir luchando que caer miserablemente en manos de los insurrectos, pero terminaría cediendo con la premisa de capitular solamente si los sitiadores aceptaban las cláusulas

---

<sup>36</sup> Fueron enterrados entre la trinchera y la esquina este de la fachada principal.

las que ellos redactasen. Para los dos frailes la fuga no era viable y optaban por la capitulación. Algunos soldados llegaron a llorar de rabia e impotencia, seguían siendo partidarios de la salida al bosque ¿Aceptarían los sitiadores una capitulación honrosa cuando aún tenían cadáveres diseminados alrededor de la iglesia? En su opinión les esperaba el maltrato o la muerte porque no respetarían la capitulación. Otros se mostraban partidarios de seguir lo que decidiese el teniente, él los había liderado hasta ahora y si decía que lo mejor era capitular, no tenían dudas, obedecerían. El convencimiento de que el jefe de las tropas sitiadoras fuera el teniente coronel Aguilar, ayudó a que muchos se decantasen por la capitulación.

Finalmente, el teniente Martín redactó una nota con las cláusulas que solamente se firmarían en el supuesto de que los sitiadores previamente se comprometiesen a aceptarlas, caso contrario, no capitularían y antes que rendirse saldrían a vida o muerte de la iglesia.

Enarbolaron la bandera blanca y el teniente ordenó al corneta tocar atención y llamada. Santos González Roncal, ferviente defensor de no rendirse, entonó el toque más amargo de su vida. Desde las trincheras de los filipinos, se escuchaban gritos de ¡amigos, amigos!

Enseguida llegaron el teniente coronel Tecson y sus oficiales, sacaron una mesa de la iglesia y se sentaron los oficiales españoles y los dos religiosos frente a los oficiales filipinos. Habló el teniente Martín: «aún tenemos víveres para varios días, pero deseamos capitular honrosamente, pero les pedimos sinceridad, si no van a respetar las cláusulas que les proponemos, díganlo ahora, porque en ese caso no aceptaremos otras condiciones, lucharemos hasta morir y moriremos matando». El teniente coronel Tecson asintió, «admitiremos los términos siempre que no resultaran denigrantes para nosotros». El teniente Vigil, pidió que los dos frailes firmasen el Acta de Capitulación y el padre Minaya, hablando en nombre de ambos religiosos, declinó diciendo que ellos no tenían representación oficial para poder hacerlo.

El acta que firmaron las dos partes es la que sigue:

«En Baler, a los dos días del mes de junio de mil ochocientos noventa y nueve, el 2º teniente Comandante del Destacamento Español D. Saturnino Martín Cerezo, ordenó al corneta que tocase atención y llamada, izando bandera blanca en señal de Capitulación, siendo contestado acto seguido por el corneta de la columna sitiadora y reunidos los Jefes y Oficiales de ambas fuerzas transigieron en las condiciones siguientes:

PRIMERA. Desde esta fecha quedan suspendidas las hostilidades por ambas partes beligerantes.

SEGUNDA. Los sitiados deponen las armas, haciendo entrega de ellas al jefe de la columna sitiadora, como también los equipos de guerra y demás efectos pertenecientes al Gobierno Estado Español.

TERCERA. Que en consideración a que la soberanía de España en estas islas ha dejado de existir, no queda como prisionera de guerra la fuerza sitiada, siendo conducida por las fuerzas republicanas a donde se encuentren fuerzas españolas o lugar seguro para poderse incorporar a ellas.

CUARTA. Respetar los intereses particulares sin causar ofensa a las personas.

Y para los fines a que haya lugar, se levanta la presente acta por duplicado, firmándola los señores siguientes: El Teniente Coronel Jefe de la columna sitiadora, Simón Terson. = El Comandante, Nemesio Bartolomé. = Capitán, Francisco T. Ponce. 2º Teniente Comandante de la fuerza sitiada, Saturnino Martín. = El Médico, Rogelio Vigil».

Terminaba así el sitio de Baler, ejemplo de resistencia y superación ante la adversidad, como sus sitiadores tuvieron la grandeza de reconocer. Cuando lo fácil hubiera sido ceder, ellos antepusieron su deber a cualquiera otra circunstancia, en la iglesia de Baler, lo colectivo, es decir, el compromiso que los había llevado hasta allí: defender un territorio español, siempre se situó por encima de lo personal.

Después de la capitulación los padres López y Minaya permanecieron en Baler. No regresarían a Manila hasta agosto de 1900 después de haber sido liberados el 3 de junio de 1900 por una columna americana.

La columna con los españoles salió de Baler el 7 de junio por la tarde, el 9 llegaron a Pantabangán donde permanecieron tres días. La noche del 11 un grupo de hombres armados con bolos y fusiles atacaron el alojamiento que compartían los oficiales españoles y algunos soldados. Al teniente Vigil lo encontraron maniatado en el suelo mientras que algunos soldados y el teniente Martín lograron salvar la vida saltando por la ventana. El asalto estuvo instigado por los desertores españoles con la connivencia de algunos filipinos y el objetivo principal no era otro que el jefe del destacamento. Al día siguiente camino de Bongabong robaron toda la documentación del destacamento y el equipaje que iban a lomos de un carabao escoltado por el cazador Domingo Castro Camarena, al que le dieron una soberana paliza. El 14 llegaron a Cabanatuán. En el hospital atendieron al teniente Martín y un soldado herido en el ataque del día 11. En este punto quedaron varios días, mientras la columna que los escoltaba siguió su camino hasta Nueva Vizcaya.

*El Decreto de Aguinaldo*

El 23 de junio una comisión española enviada por el general Nicolás Jaramillo se encontraba en Tarlac negociando la liberación de los prisioneros españoles. Por entonces ya conocían que los de Baler habían capitulado. Las conversaciones se prolongaron varias jornadas sin avances sustanciales, salvo alguna concesión como la liberación de los prisioneros enfermos. La delegación española aprovechó entonces para solicitar la liberación del destacamento de Baler y el día 30, el presidente de la comisión filipina entregó al de la española el ya famoso Decreto en el que se concedía la libertad a los héroes de Baler:

«Habiéndose hecho acreedoras a la admiración del mundo las fuerzas españolas que guarnecían el destacamento de Baler, por su valor, constancia y heroísmo de aquel puñado de hombres, que aislado, sin esperanzas de auxilio alguno, ha defendido su bandera por espacio de un año, realizando una epopeya tan gloriosa y tan propia del legendario valor de los hijos del Cid y de Pelayo, rindiendo culto á las virtudes militares, e interpretando los sentimientos del ejército de la República, que bizarramente les ha combatido, á propuesta de mi Secretario de Guerra y de acuerdo con el Consejo de Gobierno vengo en disponer lo siguiente: Artículo único: Los individuos de que se componen las expresadas fuerzas, no serán considerados como prisioneros, sino por el contrario, como amigos y en su consecuencia se les proveerá, por la Capitanía general, de los pases necesarios para que puedan regresar á su país. Dado en Tarlac a 30 de Junio de 1899.— El presidente de la República.- Emilio Aguinaldo.»

Hay muy pocos testimonios como este en la Historia. El reconocimiento que este texto transmite conduce a una palabra que define tanto al redactor, entendiéndose por tal al pueblo filipino y no solo a Emilio Aguinaldo, como a aquellos a quienes va dirigido el decreto, nuestros héroes de Baler: Grandeza.

El día antes de la firma del decreto, Aguinaldo envió un telegrama a Cabanatuan, ordenando el traslado de los españoles a Tarlac, donde llegaron el 3 de julio tras pasar por Aliaga, Zaragoza y Paz. Aguinaldo envió a uno de sus ayudantes para que entregase a los oficiales y soldados un periódico en el que se había publicado el famoso decreto. Dos días más tarde la comisión española se hizo cargo del destacamento y un grupo de prisioneros. Por vía férrea viajaron a Ángeles. En este pueblo el general Mascardó los hospedó y ofreció un banquete y un baile en su honor. El 6 continuaron hasta Bacolor para cruzar a zona controlada por los americanos y posteriormente a San Fernando, donde por fin tomarían el tren a Manila.

*Manila y el regreso a España*

A su llegada a Manila se alojaron en el Palacio de Santa Potenciana, el día 7 el fotógrafo Amaro López, tomó la famosa fotografía de grupo en la que no aparece el teniente médico Vigil de Quiñones.

El teniente Martín estuvo guardando reposo hasta el 14 convaleciente de la dislocación del pie derecho sufrida durante el asalto en Pantabangán, los dos cabos y varios soldados pasaron toda la estancia en Manila ingresados en el hospital. En la capital recibieron infinidad de invitaciones, homenajes y hasta algún dinero.

El 10 de julio el jefe del destacamento entregó el diario de operaciones del sitio en el que hace una recopilación de los principales acontecimientos que allí sucedieron. Además, los dos tenientes dieron curso a la instancia de solicitud de apertura de juicio contradictorio para depurar el derecho que pudieran tener a la Cruz de San Fernando los oficiales y soldados que constituyeron el destacamento.

El 14 de julio el ministro de la Guerra, general Polavieja, envió un telegrama desde Madrid en el que solicitaba la apertura de un expediente para esclarecer la conducta del destacamento de Baler, el conocido como *Expediente de Manila*. El ministro necesitaba conocer los detalles de lo que había sucedido durante el sitio antes de la repatriación de la fuerza. Las declaraciones del general De los Ríos que entre otras cosas decía que la guarnición había matado al capitán De las Morenas y no se rendía para evitar el castigo, causaron un gran revuelo y era preciso aclarar la situación. El día 9 el general Jaramillo remitiría la primera versión oficial con el siguiente telegrama:

«General Jaramillo a ministro de la Guerra; El jefe del destacamento de Baler no cumplimentó las órdenes del capitán general, por no creerlas verídicas y haberse ya tratado de engañarle. Desarrollada epidemia de beriberi en destacamento por malas condiciones, fallecieron el cura párroco, capitán Las Morenas, teniente Juan Alonso y 18 tropa, dos a consecuencia heridas. Sus narraciones satisfactorias; opinión pública muy levantada en favor destacamento, que capituló el 2 junio falta de víveres. — Jaramillo».

Las actuaciones en relación al expediente comenzaron el 18. En el mismo se incluyeron el diario de operaciones, el informe de la comisión del teniente coronel Aguilar, la relación nominal de integrantes, heridos, fallecidos, víveres, municiones y ropas de la enfermería, además del acta de capitulación.

Desde el 19 hasta el 24 de julio declararon, además de los tenientes Martín Cerezo y Vigil de Quiñones, los cabos Jesús García y José Olivares, el corneta Santos Gonzáles y los soldados Marcelo Adrián, Ramón Bodes, Domingo Castro, Luis Cervantes, Juan Chamizo, Loreto Gallego, José Hernández, José Jiménez, Ramón Mir, Francisco Real y Pedro Vila. En total 16 de los 33 militares supervivientes.

El expediente se cerró el 27, una vez instruidas las diligencias más importantes para el esclarecimiento de los hechos y finalmente viajó con los supervivientes hasta Barcelona a bordo del *Alicante*, que atracó en la ciudad condal el 1 de septiembre de 1899.



**El destacamento a su llegada a Barcelona**

### *Los defensores de Baler*

La mañana del viernes 1 de septiembre de 1899 fondeaba en el puerto de Barcelona el vapor *Alicante* procedente de las islas Filipinas. Tras una navegación de poco más de un mes, un total de 220 pasajeros –militares, funcionarios, religiosos y particulares– ponían pie en la Patria después de haber vivido en primera persona las revueltas de la insurgencia tagala y la pérdida del distrito de Filipinas a manos de la nueva potencia mundial, los Estados Unidos de Norteamérica. No se trataba de la primera expedición de

repatriados que alcanzaba aquel puerto, ni sería la última de las muchas que durante los siguientes meses traerían de regreso a miles de españoles. Sin embargo, esta vez la expectación era incomparable: entre los 119 pasajeros que tenían como destino final la ciudad condal se encontraban 33 de los 35 supervivientes de la defensa de la posición de Baler, ejemplo de heroísmo, constancia, empeño y voluntad de victoria ante las mayores adversidades.

Para aquellos soldados la llegada a la Patria –con la que tanto habían soñado durante los meses de su defensa– constituía un momento de emociones encontradas. Orgullosos de saberse fieles cumplidores del deber de manera épica, gloriosa y ejemplar, sentían a su vez la pena de no poder compartir el momento con los compañeros fallecidos durante la defensa. Echaban también en falta a los padres franciscanos Juan López y Félix Minaya, supervivientes al asedio y prisioneros aún del Ejército Revolucionario filipino. Aunque ausentes en la formación estaban muy presentes en el recuerdo de sus compañeros mientras escuchaban las palabras que les dirigía en Capitanía el capitán general Eulogio Despujol, conde de Caspe: «Recordad sin jactancia, pero con orgullo, que formasteis parte del destacamento de Baler<sup>37</sup>». Durante el resto de sus días, los héroes de Baler recordaron con modestia su gesta, sin utilizar su heroicidad y sin ensuciarla por ello. Porque la humildad, si cabe, hace más grande al héroe.

La misma tarde de su desembarco tuvo lugar en el cuarto de banderas del acuartelamiento Jaime I de Barcelona un banquete organizado por los cuerpos de la guarnición. El Ayuntamiento de la ciudad también quiso participar en el recibimiento y decoró el salón sin escatimar en gastos. Indudablemente para los homenajeados tuvo un especial significado que los propios oficiales de los batallones de Navarra y Albuera fueran los encargados de servirles personalmente durante el banquete en señal de respeto y admiración.

Este gesto no era el primer reconocimiento que les ofrecían sus compañeros de armas. El sábado 29 de julio –mientras ultimaban los trámites de repatriación en el depósito de transeúntes de Manila– recibieron un regalo muy especial: La placa de Manila, una preciosa obra de orfebrería montada en los talleres del artesano manileño Zamora y cuyo coste había sido sufragado por los jefes y oficiales del Arma de Infantería presentes en la capital del archipiélago a la llegada del destacamento. Las de los dos oficiales eran una plancha alegórica del escudo de España en oro y brillantes, representando una al arma de Infantería, mediante una palma y un sable entrelazados en su parte inferior y la otra al Cuerpo Sanidad Militar, mediante dos palmas cruzadas. Las destinadas a la tropa eran de plata. Todas ellas presentaban

<sup>37</sup> La *Época*, viernes, 1 septiembre 1899, n.º 17686, Año LI.

una placa transversal con la dedicatoria «Al destacamento de Baler. El general jefe y oficiales del arma de Infantería presentes en Manila a su llegada el 8 de julio de 1899. Recuerdo dedicado al [empleo y nombre del militar]».

Asimismo, durante el resto de sus días guardarán en un lugar especial el Álbum de Baler, una pequeña libreta de 43 páginas encuadernada en cartón y revestida de raso con los colores de nuestra bandera nacional que contiene los autógrafos de los 33 militares supervivientes. La iniciativa, impresión y desembolso corrió a cargo de Luis Jordán y Larré, oficial 1º de Administración Militar que realizó el viaje de repatriación en compañía de su mujer e hijos junto al destacamento. En las páginas iniciales, una dedicatoria:

«A los héroes de Baler: No reparéis en la humildad de este obsequio, advertid solo en él un pálido reflejo de la aureola que se percibe y extiende por el engarce brillante de vuestros hombre [...] permitidme pues, últimos colosos del siglo XIX que mi espíritu se fortalezca y sienta inefable placer al enlazar aquí a los vuestros mi nombre obscurecido y con febril anhelo aspire a que ese generoso patriotismo rebose en los pechos de los hijos todos de la noble España, en la medida grande y con la santa elevación de sentimientos de que en Baler disteis vosotros virtuosísima, heroica e impercedera prueba. Manila, 25 de julio de 1899. Vuestro admirador, Luis Jordán Larré<sup>38</sup>».



**Álbum de Baler**

<sup>38</sup> Álbum de Baler. pp. 2-3. Impreso en julio de 1899 en los talleres de Chofré y Cia. de Manila.

*La vuelta al hogar*

El día 3 de septiembre, el destacamento fue licenciado y sus componentes emprendieron la primera de largas jornadas de regreso a sus localidades de procedencia. El grupo más numeroso partió hacia Zaragoza ese mismo día «sin que nadie se tomara la molestia de darles la despedida<sup>39</sup>». El recibimiento en sus localidades natales fue desigual. Algunos ayuntamientos recibieron con grandes celebraciones y banda de música a su héroe de Baler. Otros de los héroes, sin embargo, no tuvieron recibimiento alguno o incluso –como es el caso del corneta Santos González Roncal– tuvo que pasar la noche al raso al no ser reconocido por su madre a su llegada. La suerte corrida por los supervivientes también fue diversa.

- **Saturnino Martín Cerezo.** Natural de la localidad cacereña de Miajadas. Recibe dos ascensos por mérito de guerra por la defensa de Baler y pasa con el empleo de capitán a situación de reserva, no volviendo a ostentar mando en tropa. Tras pasar juicio contradictorio, se le concede la Cruz de segunda clase de la Real y Militar Orden de San Fernando pensionada con 1000 pesetas anuales y antigüedad de 2 de junio de 1899<sup>40</sup>. Se establece en Madrid donde contrajo nupcias con Felicia Bordallo, naciendo del matrimonio 4 hembras y un varón<sup>41</sup>. A finales de 1904 plasmó sus memorias en el libro *El sitio de Baler. Notas y recuerdos*, obra que posteriormente será traducida a lengua inglesa convirtiéndose en lectura recomendada en las principales academias militares. Nunca olvidó a sus hombres, ya fuese facilitándoles medios de subsistencia, empleándoles a su servicio, haciéndose incluso cargo de la hija de alguno tras el fallecimiento de su antiguo subordinado o luchando en los despachos la devolución de las pensiones a aquellos que les fue retirada tras la Guerra Civil. Falleció en Madrid el 2 de diciembre de 1945, a los 79 años de edad en empleo de general de Brigada.

<sup>39</sup> Revista Iris, septiembre 1899.

<sup>40</sup> R.O. 11 de julio de 1901 (D.O. nº 150).

<sup>41</sup> Su hijo, Saturnino fue sacado del domicilio familiar en Madrid por un grupo de milicianos durante los primeros meses de la Guerra Civil y asesinado a la edad de 17 años. Recibió enterramiento en una fosa común del cementerio de Paracuellos del Jarama (Madrid). Adeline, hija del soldado Timoteo López Lario –residente en casa de la familia Martín Cerezo y gracias a la cual se conocieron los detalles del secuestro– fue quien avisó al general Martín Cerezo de lo sucedido. El héroe de Baler no se recuperó nunca del duro golpe que le propició la pérdida.

- **Rogelio Vigil De Quiñones y Alfaro.** Marbellero de naturaleza. Su intención de regresar a la vida civil a su regreso de Filipinas se vio truncada por el deseo de la reina regente de que ingresase en el Ejército: «Una petición de mi reina es una orden para mí». Consiguió por méritos propios el acceso a la Academia de Sanidad en 1900. Aunque a criterio del juez instructor del juicio contradictorio –en el que sea dicho, no testificó– era merecedor de la Cruz Laureada de San Fernando, finalmente no hizo ingreso en la Real Orden porque en el momento de recibir la grave herida sufrida durante el sitio –pese a la que no dejó de cumplir con sus obligaciones de médico y militar– se encontraba rezando el Rosario. Se casó con Purificación Alonso y tuvo 6 hijos. Siempre partidario de llevar al sanitario a primera línea de combate, participó en la campaña del Riff, siendo condecorado con dos Cruces al Mérito Militar por su actuación del 21 al 31 de junio de 1909 en la segunda caseta, Atalayón, Sidi-Alí e hipódromo y otra por la conducción de convoyes y servicios prestados en las posiciones desde julio a octubre de 1909. Se retiró con el empleo de comandante médico, habiendo ejercido su labor al servicio de España ejemplarmente en tres continentes. Fallece en Cádiz el 7 de febrero de 1934.
- **Cabo José Olivares Conejero.** Nació en Caudete (Albacete). A su regreso solicita y se le concede la permuta de una de sus dos cruces al Mérito Militar por el empleo de sargento, pero se le deniega el cambio de la segunda por el empleo de segundo teniente. En 1900 accede al empleo de cartero en su localidad natal, que ejerció hasta su jubilación. Se unió en matrimonio con María de los Desamparados Moll, sin dejar descendencia. En 1945 se le concede el empleo de teniente honorario de Ejército español. Fallece el 23 de diciembre de 1948 en Caudete.
- **Cabo Jesús García Quijano.** Natural de Viduerna de la Peña (Palencia). Permaneció convaleciente en el desaparecido Hospital Militar de la calle Talleres de Barcelona hasta enero de 1900 de la operación realizada en el pie izquierdo, del que arrastraría una cojera permanente. Tras ver denegada su solicitud de ingreso en el Cuerpo de Inválidos, retoma las labores agrícolas asentándose en Viduerna. Se casó con Inés Calle y tuvo 6 hijos. Durante la Guerra Civil, el carro en el que faenaba fue confundido por un avión de combate, recibiendo varias heridas que le dejarían importantes lesiones. Falleció el 3 de febrero de 1947.

- **Corneta Santos González Roncal.** Natural de Mallén (Zaragoza). Fue uno de los partidarios en continuar la defensa y siempre aseguró orgulloso que no llegó a tocar a capitulación sino un toque distinto de su invención. Su costumbre de prestar dinero a sus vecinos sin cargarlos con intereses le hizo ganarse la enemistad de prestamistas de la zona. Los tumultuosos inicios de la Guerra Civil fueron aprovechados por sus adversarios, siendo asesinado de un tiro en la cabeza el 8 de septiembre de 1936. Debido a su amistad con el enterrador de Mallén, al que solía ayudar en las tareas del cementerio, sus restos pudieron ser recuperados posteriormente al ser los únicos enterrados dentro de un ataúd en la fosa común donde fueron inhumados. Martín Cerezo –que había perdido a su hijo en condiciones similares– recibió a su viuda e hijo Santos en Madrid tras la finalización de la contienda ofreciéndoles su ayuda.
- **Sanitario Bernardino Sánchez Caínzos.** Se asienta en su localidad natal, Guitiriz (Lugo) donde no recibe ningún tipo de homenaje a su regreso. Se casó con Pilar Bergantiños, naciendo del matrimonio 7 hijos. Llevó una vida sosegada con los ingresos de la taberna que regentaba y el arrendamiento de tierras. La muerte de su esposa en 1920 le provocó el inicio de una espiral de problemas que unidos a las complicaciones de salud sobrevenidas en Filipinas propiciaron su temprano fallecimiento el 2 de noviembre de 1926 a los 50 años de edad.
- **Soldado de Administración Militar Marcelo Adrián Obregón.** Natural de Villalmanzo (Burgos). Se asentó en Madrid, contrayendo matrimonio con Hilaria Cuesta de cuya unión no quedó descendencia. Entró al servicio en el Palacio Real en 1902, lo que le permitió vivir sin grandes sobresaltos hasta la llegada de la II República. El cambio político propició su pérdida de empleo, que solo recuperó tras la transformación del Palacio en Museo. Durante la Guerra Civil abandonó Madrid para asentarse en Buenache de Alarcón (Cuenca) hasta su muerte, acaecida el 12 de febrero de 1939.
- **Soldado Antonio Bauzá Fullana.** Aunque regresa a su Petra natal (Mallorca), se asentó en Icod (Tenerife) para trabajar como peón caminero. Allí se casó con Dolores González y tuvo 7 hijos. De una carta a otro de los supervivientes, su íntimo amigo José Hernández Arocha, extraemos su sentir sobre su heroicidad: «[...] porque toda nuestra vida, se puede decir, la hemos dado a la Patria y

cien vidas más que hubiésemos tenido las hubiésemos dado por ella<sup>42</sup>». Fue nombrado teniente honorario de Ejército español. Falleció el 9 de febrero de 1961.

- **Soldado Ramón Buades Tormo.** Rehusó el empleo de guardia municipal que le ofreció el Ayuntamiento de Valencia para regresar a su Carlet natal y dedicarse a las labores del campo. Se casó con María Josefa Valero, naciendo del matrimonio tres hijos. Mantuvo la relación de amistad con su compañero de Balser Loreto Gallego. Falleció en Carlet el 5 de diciembre de 1938.
- **Soldado Felipe Castillo Castillo.** A su regreso a su pueblo, Castillo de Locubín (Jaén) descubrió que le guardaban luto. Se casó con Patrocinio López y tuvo 9 hijos. No le gustaba hablar de Balser y enterraba toda condecoración o distinción que se le hacía entrega en relación al sitio. Durante la Guerra Civil estuvo encerrado por milicianos en la iglesia de su población local, pero como él recordaba durante su cautiverio «no me mataron en la iglesia de Balser y mucho menos me van a matar en la de mi pueblo».
- **Soldado Domingo Castro Camarena.** Recibió una fría acogida su Aldeavieja natal (Ávila). Tras unos primeros años muy duros, donde fue acogido en Madrid por un familiar, ingresa en el Cuerpo de Carabineros realizando su labor en las comandancias de Algeciras, Navarra y Lugo. Se casa con Dolores Rodríguez, naciendo del matrimonio tres hijos, uno de los cuales, Jaime, falleció en edad infantil al caer de un muro. Padece frágil salud, sufriendo episodios de hemoptisis. Fallece en Monforte de Lemos (Lugo) el 24 de noviembre de 1944.
- **Soldado Gregorio Catalán Valero.** Regresa a su pueblo, Osa de la Vega (Cuenca), permaneciendo soltero. Llego muy enfermo y fallece el 6 de septiembre de 1901, el mismo día que se cumplían dos años de su regreso al hogar. Contaba tan solo 25 años de edad. Su figura es muy recordada en su población natal.
- **Soldado Luis Cervantes Dato.** Regresa a la localidad que le vio nacer, Mula (Murcia) donde contrae matrimonio con Carmen González y saca adelante a 6 de los hijos nacidos del matrimonio. Rehusará los empleos de cartero y guardia civil para emplearse como bracero y albañil. Pasaría temporadas en Madrid trabajando

42 Gaceta de Tenerife. Sábado, 11 de octubre de 1919.

para Martín Cerezo en su finca de la calle Bueso Pineda. Fallece en Mula en mayo de 1927 sin haber cobrado nunca su pensión debido a las argucias de un funcionario municipal.

- **Soldado Juan Chamizo García.** Tras un breve paso por su pueblo, Valle de Abdalajís (Málaga) se establece en un cortijo cercano. Contrae matrimonio con Ana Muñoz naciendo 5 hijos. Recibió un rebaño de cabras de la mejor calidad según varias fuentes regalo de Saturnino Martín Cerezo. Fallece a causa de un cáncer de pílora en Málaga el 11 de enero de 1928. Al encontrarse en la pobreza, la beneficencia municipal se hizo cargo de su sepelio en el cementerio de San Rafael. Su causa de fallecimiento coincide con la de varios de los supervivientes, debiéndose, muy probablemente, a daños causados por determinados alimentos ingeridos durante el sitio.
- **Soldado Emilio Fabregat Fabregat.** Natural de La Salsadella (Castellón). Se casa en 1904 con Remedios Giménez, naciendo de la unión 3 hijos. Ese mismo año ingresa en el Cuerpo de Carabineros, teniendo destinos en Madrid, el grao de Valencia y Barcelona hasta su jubilación como sargento en 1928. Durante la Guerra Civil fue movilizado como instructor de tropa con empleo de capitán del Ejército republicano, abandonando las milicias en cuanto le fue posible. Fallece en Monzón (Huesca) el 30 de marzo de 1960 a la edad de 81 años.
- **Soldado Loreto Gallego García.** Regresa a su pueblo –Requena (Valencia)–, tras rehusar el empleo de guardia municipal en el Ayuntamiento de Valencia. Al no serle concedida la licencia para establecer un estanco, se le ofrece el empleo de portero en el Ayuntamiento de Requena. Contrae matrimonio con Clementa Rodríguez –hija del que fuese su patrón antes de marchar a Filipinas– sobreviviéndoles 6 hijos de los 12 que tuvo el matrimonio. Al considerarle monárquico por haber recibido la gracia de ser caballero cubierto ante el rey, sufre prisión en Valencia durante la Guerra Civil, obligándole a dormir desnudo sobre paja húmeda durante todo su cautiverio. Tras pasar expediente de depuración recupera su empleo municipal a la finalización de la contienda. Fallece en Valencia el 30 de julio de 1941.
- **Soldado Eustaquio Gopar Hernández.** Se asentó en Tuineje (Fuerteventura), su localidad natal. Casó con Juana Alonso y no dejó descendencia. Ocupó el cargo de Juez de Paz y alcalde de su

pueblo en dos ocasiones, trayendo la primera bomba de agua. Tuvo mucha influencia en los círculos políticos y sociales de la isla. Su pueblo colocó una placa en recuerdo de su gesta en la plaza, que en los prolegómenos de la Guerra Civil fue destrozada a martillazos, recogiendo el propio héroe los pedazos. Fue nombrado teniente honorario de nuestro Ejército, entregándole las estrellas el general García Escámez el 1 abril de 1946. Fallece en Tuineje a punto de cumplir 87 años, el 25 de octubre de 1963.

- **Soldado José Hernández Arocha.** Natural de Taco, San Cristóbal de la Laguna (Tenerife). Regresa a Tenerife, donde recibe toda clase de atenciones. El 7 de octubre de 1899 tiene lugar un concierto con cuya recaudación se le compra una casa de nueva construcción como regalo de bodas. Tras enviudar de Juana González, contrajo matrimonio con Elena Melián, teniendo un total de 8 hijos de ambos matrimonios. Trabajó de jardinero en el Parque Weyler de la capital tinerfeña. Recibió también el empleo de teniente honorario del Ejército, compartiendo el acto de entrega junto a Gopar. Falleció en San Cristóbal de la Laguna el 13 de octubre de 1957. Al soldado canario le debemos el siguiente extracto que nos demuestra la dureza del sitio: «Un día, cuando más el hambre nos atormentaba, pasó a tiro un perro y lo tumbamos; pero los tagalos se apercebieron de ello y a fin de no dejarnos recogerlo nos enviaron una lluvia de balas que nos impedía salir. Un compañero se decidió entonces y burlando el fuego enemigo nos lo trajo; y después de todo resultó sarnoso, pero nos supo a jamón<sup>43</sup>».
- **Soldado José Jiménez Berro.** Se estableció en su Almonte natal (Huelva) empleándose como guardia rural. Enviudó de María Díaz, que le dio 3 hijos, casándose en segundas nupcias con Isabel Huelva. Durante la Guerra sufre encarcelamiento y es liberado al comprobarse que se trataba de un héroe de Baler. El rey Alfonso XIII, al que frecuentaba cuando el monarca visitaba Doñana, no consiguió jamás que el héroe le vendiese un precioso caballo blanco del que era propietario. Fallece en Almonte el 8 de enero de 1957.
- **Soldado Timoteo López Lario.** Natural de Alcoroches (Guadalajara), donde contrae matrimonio con Juana Herranz y se dedicará a las labores del campo. Fallece de enteritis a los 39 años el 13 de junio de 1916. Años más tarde tan pronto cumplió 16 años su hija

---

<sup>43</sup> La Región Canaria. Martes, 26 de septiembre de 1899.

menor Adelina, entrará a trabajar en el servicio en casa de Martín Cerezo por disposición en vida de su padre. Adelina fue siempre considerada una más de la familia Martín Cerezo, estando hasta su fallecimiento muy cercana a la misma.

- **Soldado José Martínez Souto.** Se asienta en su localidad natal –Almeiras Culleredo (La Coruña)– para dedicarse a la agricultura. Intentó apartarse de sus recuerdos de la campaña de Filipinas. Fue muy activo en las reuniones de repatriados de Ultramar en solicitud del pago de los abonos no recibidos, viéndose implicado por ello en algún incidente con la Guardia Civil. Contrajo matrimonio con Dolores Rodríguez. De este nacerán 4 hijos. Fallece en Almeiras el 26 de marzo de 1944.
- **Soldado Marcos Mateo Conesa.** Asentado en Tronchón (Teruel), su localidad natal. Contrae matrimonio con Concepción Belmonte. De la unión nacen tres hijos, uno de los cuales sufrió cautiverio en el campo de concentración de Mauthausen durante la II Guerra Mundial. Alternará su oficio de sombrerero con las labores agrícolas. Fallece en Tronchón el 23 de marzo de 1923.
- **Soldado Miguel Méndez Santos.** De Puebla de Azaba (Salamanca). Es del grupo de los supervivientes de Motta. Ingresa en Carabineros en abril de 1903. Contrae matrimonio con Custodia González y tiene dos hijas. Hijo de padre desconocido, toma la decisión personal de cambiar su segundo apellido Expósito –que aparece en toda la documentación de la época relativa al sitio– por el de Santos, que corresponde al segundo de su madre. Tras la Guerra Civil pasa un juicio de depuración para incorporarse de nuevo a su puesto de carabinero. Fallece en Aranjuez (Madrid) el 24 de mayo de 1942.
- **Soldado Manuel Menor Ortega.** Sevillano, acepta el empleo de policía municipal, convirtiéndose en el agente 147 tras su regreso a la capital hispalense. Se desconoce fecha o lugar de fallecimiento. Una línea del investigador reciente del investigador Miguel Ángel López de la Asunción parece poner de manifiesto que se vio implicado en un altercado grave con resultado de muerte en el mes de febrero de 1914.
- **Soldado Ramón Mir Brils.** Otro de los supervivientes del destacamento de Motta. Se asentará en la localidad ilerdense de Guisona que le vio nacer, donde contrae matrimonio y tiene 4 hijos.

Se empleará en las labores del campo hasta su fallecimiento en el mismo pueblo en 1932 a los 56 años de edad. La familia donó en 1966 al Museo Municipal de Guisona la cantimplora de caña o bombón filipino que utilizó durante la campaña.

- **Soldado Vicente Pedrouso Fernández.** Residió en Nerva (Huelva) hasta que regresó a su localidad natal de O Carballiño (Orense) para dedicarse a las labores del campo. Se casó con Dolores Vigide y tuvo 4 hijos. Falleció de endocarditis el 15 de octubre de 1926.
- **Soldado Miguel Pérez Leal.** De Lebrija (Sevilla). Queda impedido de la mano por un impacto recibido durante el asedio. Se asienta en la localidad gaditana de Sanlúcar de Barrameda. Contrae nupcias con Carmen Romero, naciendo de la unión 5 hijos. Por varios testimonios familiares conocemos que durante la Guerra Civil consiguió evitar su fusilamiento al salir de casa luciendo sus medallas, logrando que el jefe del piquete le dejase en libertad asegurando que él no fusilaba a héroes de España. Falleció en Sanlúcar en 1947.
- **Soldado José Pineda Turá.** Natural de San Feliú de Codinas (Barcelona). Tras probar suerte en México en el sector de la minería regresa arruinado a Barcelona donde consigue empleo como guardia de Consumos. Permanece soltero y fallece en el Hospital Civil de la Santa Creu de Barcelona como consecuencia de las lesiones producidas por el atropello de un ferrocarril el 15 de noviembre de 1906.
- **Soldado Pedro Planas Basagaña.** De San Juan de las Abadesas (Gerona). Se empleará como mozo de cordel, herrero y músico. Permanecerá soltero. De sorprendente podíamos calificar el dictamen final del juez instructor de la causa abierta para dilucidar lo ocurrido en el fusilamiento del sargento interino Vicente González Toca y el soldado Antonio Menache, que deja a Pedro Planas en muy mal lugar. Dicho dictamen concluye que no se podía «tomar en cuenta la declaración del único testigo de cargo como lo es la de Pedro Planas, el que seguramente adicto a la causa del enemigo si no verifico su fuga sería porque le faltase valor o tiempo para verificarlo<sup>44</sup>». Fallece el 30 de julio de 1913 en su localidad natal a los 54 años de edad.

<sup>44</sup> AGMS. Caja 3523/28068. Causa instruida con motivo del fusilamiento del cabo Vicente González y soldado Antonio Menache en el destacamento de Baler (Filipinas) por el jefe del

- **Soldado Francisco Real Yuste.** Murciano, de Cieza. Fue recibido multitudinariamente en su localidad natal. Casó con Manuela Bernal, naciendo del matrimonio 3 hijos. Se empleó como guardia de la huerta, falleciendo en Cieza el 19 de enero de 1940 de insuficiencia mitral. Contaba la edad de 65 años. No llegó a cobrar nunca su pensión, siendo cobrada por un funcionario municipal sin escrúpulos. Se da el caso que los dos héroes murcianos del sitio de Baler sufrieron el mismo engaño por parte de funcionarios municipales.
- **Soldado Ramón Ripollés Cardona.** De Morella (Castellón). A su regreso se emplea temporalmente en el Ayuntamiento de Castellón. En marzo de 1900 ingresa en la Guardia Civil, teniendo siempre como destino la 6ª Comandancia de Barcelona. Su actuación en la Huelga General de Barcelona de febrero de 1902 le hace acreedor de una Cruz al Mérito Militar con distintivo blanco. Fallece de tuberculosis pulmonar en el Hospital Militar de la calle Talleres de Barcelona el 19 de febrero de 1905 a los 34 años de edad.
- **Soldado Eufemio Sánchez Martínez.** De la Puebla de Don Fadrique (Granada). A su regreso rechazó todo empleo público para dedicarse a las labores del campo en la sierra granadina. Se casó, saliendo adelante 4 de sus 8 hijos. Inculcó siempre a sus hijos la importancia de tener una buena formación porque en palabras del propio héroe «ser analfabeto es la desgracia más grande que puede haber en el mundo». Fallece en su localidad natal el 17 de marzo de 1939, siendo trasladado a lomos de un burro hasta el cementerio de Las Santas, distante varios kilómetros del pueblo, donde pidió ser enterrado.
- **Soldado Pedro Vila Garganté.** Natural de la localidad ilderdense de Taltaull. Se empleó como guardia de consumos. Padre de una hija, se alista para la campaña de Filipinas tras separarse de su primera mujer. A su regreso se asentó en Barcelona donde se empleó como guarda de Consumos y contrae segundas nupcias dando como fruto su matrimonio dos hijas más. Durante la Guerra Civil sufrió detención y confinamiento. Fallece en Barcelona el 14 de junio de 1946.

Es ciertamente curioso, pero comúnmente se ha venido olvidando que entre los supervivientes del sitio de Baler se encontraban los frailes franciscanos Juan López Guillén, natural de Pastrana (Guadalajara), y Félix

---

mismo, hoy capitán de la E.R., D. Saturnino Martín Cerezo

Minaya Rojo, de Almonacid (Toledo), que tras sufrir las penalidades del sitio quedaron prisioneros de los tagalos hasta su liberación por tropas norteamericanas en junio de 1900. Vaya también para ellos nuestro recuerdo.

### *Los últimos repatriados*

Al atardecer del 16 de marzo de 1904 el vapor *Isla de Panay* fondeaba en Barcelona procedente de Manila. A bordo eran repatriados los restos mortales de los militares caídos durante la defensa de la posición de Baler y del párroco fray Cándido Gómez Carreño. Las labores de exhumación de los restos habían recaído en el franciscano superviviente al asedio, Juan López y en Barcelona fueron recibidos por una multitud, entre la que se encontraban cinco de los supervivientes –José Pineda, Pedro Planas, Pedro Vila, Ramón Ripollés y Miguel Méndez. Sus compañeros escoltaron los dos arzones que transportaban los restos desde el muelle hasta el furgón del ferrocarril que realizó el transporte desde la ciudad condal a la capital de España. La llegada a Madrid contó con todos los honores y estuvo presidida por personalidades políticas y militares, entre las que se encontraban Saturnino Martín Cerezo, Rogelio Vigil de Quiñones y otros cinco de los supervivientes, entre ellos el soldado Marcelo Adrián Obregón.

Se destinó un arzón para la caja con los restos del comandante De las Morenas y un segundo para la que contenía los de los demás. Desde la Estación de Mediodía multitud de madrileños siguieron una comitiva que recorrió el paseo del Prado, plaza de Cánovas y calle de Alcalá al cementerio del Este, donde permanecieron hasta su traslado al Panteón de Hombres ilustres de Nuestra Señora de Atocha. Años más tarde, se trasladaron de nuevo, esta vez al Mausoleo en Honor a los Héroes de Cuba y Filipinas del cementerio de la Almudena. Su inauguración tuvo lugar el 15 de diciembre de 1940. El sobrio monumento funerario, prácticamente desconocido y apenas hoy visitado, fue diseñado para albergar los restos repatriados de varios protagonistas de las campañas de Ultramar que descansaban en diversas ubicaciones de la capital.

Junto a los restos de los héroes de Baler, aquella mañana de febrero recibieron sepultura los de los generales Joaquín Vara de Rey y Fidel Alonso de Santocildes, héroes de las batallas de El Caney y Peralejo respectivamente, los del teniente coronel Joaquín Ruíz –héroe de Campo Florido– y los del popularísimo soldado Eloy Gonzalo García, héroe de Cascorro.

En la actualidad, Martín Cerezo y Vigil de Quiñones reposan también en esta reunión de valientes, de igual manera que el soldado Marcelo Adrián

Obregón, cuyos restos fueron exhumados y trasladados desde el cementerio municipal de Buenache de Alarcón en noviembre del año 2000, siendo el de Administración Militar el último de los allí sepultados.

El monumento presenta gran fortaleza, la misma que tuvieron los que allí alberga. En ambos laterales y en grandes letras, las frases «Honor a los hombres inmortalizados por una muerte heroica» y «Muriendo por ti España, cumplimos nuestro deber» engrandecen en piedra el sacrificio de los allí enterrados. En la parte posterior, un listado de nombres, entre los que aparecen el comandante Enrique de las Morenas y el primer teniente Juan Alonso Zayas y que culmina con «R.P. Cándido Gómez Carreño y soldados». Sí, efectivamente, un escueto «y soldados» pone fin a la inscripción. El visitante del mausoleo lamentablemente no encontrará tan siquiera una pequeña inscripción con los nombres de aquellos soldados que dieron tan generosamente su vida durante el sitio de Baler. Parece como si cediesen generosamente con esta ausencia su protagonismo al resto.

En las siguientes líneas rememoraremos a aquellos soldados que, con su firme propósito de cumplir con el compromiso que habían tomado con España, hicieron posible que se conmemore en estos días el 120 aniversario de la finalización de la defensa de la posición de Baler:

- **Comandante Enrique De Las Morenas y Fossi.** Ascendido a comandante a título póstumo, se hizo acreedor de la Cruz Laureada de San Fernando<sup>45</sup> por la defensa de la posición de Baler. Nació en la localidad gaditana de Chiclana de la Frontera el 23 de mayo de 1855. Veterano de la III Guerra Carlista, participó en el levantamiento de varios asedios, entre ellos el de la Seo de Urgel. Pertenece al Batallón de Cazadores Expedicionario n.º 9, llegando a Baler como comandante político militar. Su experiencia marca los tiempos del asedio, no carentes en determinadas situaciones de un cierto tono irónico, llegando a responder con toques de superioridad los ultimátum del enemigo. Muere de beriberi en brazos del soldado Pedro Vila el 22 de noviembre de 1898. Su viuda, Carmen Alcalá, jugará un papel trascendente en la apertura del expediente para la concesión de la Laureada y en la gestación de la idea de repatriación de los restos.
- **Teniente Juan Alonso Zayas.** Es uno de los grandes olvidados. Nace en San Juan de Puerto Rico el 10 de diciembre de 1868. Tras hacerse necesaria en las Campañas de Cuba y Filipinas la incorporación de oficiales procedentes de la clase de sargen-

---

<sup>45</sup> DOMG. R.O. de 5 de marzo de 1901 (D.O. n.º 51).

to y cumpliendo las condiciones necesarias para el ascenso, se presenta voluntario desde el Colegio de Oficiales de la Guardia Civil de Getafe con idea, probablemente, de regresar como segundo teniente a la isla de Cuba, donde residía su familia. Sin embargo, es destinado con carácter de urgencia a Filipinas donde entrará pronto en combate formando parte de la 4ª compañía del Batallón de Cazadores Expedicionario nº8. En noviembre de 1897 pasa reconocimiento médico documentando el cirujano Juan Dato una hipertrofia cardiaca incipiente que le apartará del servicio temporalmente. Al regreso, lejos de recibir la orden de repatriación –como hubiera sido lo esperado para un oficial que presentaba su cuadro clínico tras la firma del Tratado de Biakna-bató– recibe el mando del de Baler. En palabras del padre Minaya «Alonso, de un carácter valiente, más a propósito de su impetuosidad para sostener un combate en campo raso y pelear cuerpo a cuerpo con el enemigo que para sostener un sitio largo y penoso, no tenía paciencia para esto<sup>46</sup>». Fallece de beriberi el 18 de octubre de 1898. Recibió a título póstumo el ascenso a primer teniente.

- **Cabo José Chaves Martín.** Madrileño, falleció de beriberi el 10 de octubre de 1898. Antes de llegar a Baler había sido merecedor con dos cruces de plata al Mérito Militar por su actuación en la campaña, una de ellas pensionada. Según una memoria escrita por el periodista español residente en Manila Joaquín Pellicena, sus restos fueron los primeros en ser recuperados.
- **Soldado Julián Galbete Iturmendi.** Nace en la localidad navarra de Morentin el 2 de diciembre de 1876. Es la primera víctima mortal del asedio, falleciendo el 31 de julio de 1898 a consecuencia de herida de bala recibida el día 18 mientras defendía la posición desde el campanario. Eustaquio Gopar, que ocupaba la posición inmediata, relató el momento: «Uno de los peligros que recuerdo de manera especial fue en una ocasión en la que me hallaba haciendo fuego desde la torre junto con otro compañero. Esta ocasión me ha hecho pensar que nadie muere hasta que no lo quiere Dios. Como iba diciendo, ocupaba yo mi sitio detrás de los sacos terreros que habíamos instalado para defendernos cuando mi compañero me dijo: “Eustaquio,

<sup>46</sup> AFIO (Archivo Franciscano Ibero Oriental): MINAYA ROJO, Fray Félix: Defensa de Baler o sucesos ocurridos en el pueblo de Baler durante la insurrección en Filipinas y prisión de los padres franciscanos. Manuscrito. Sin fecha.

¿por qué no cambias de lugar conmigo?». Yo, sin responderle, me arrastré hasta su puesto de fuego y él pasó a ocupar mi sitio. Más tardó en situarse que en recibir una bala en el pecho<sup>47</sup>».

- **Soldado Francisco Rovira Mompó.** Era natural de Benifayó de Espioca (Valencia). Fue uno de los supervivientes al ataque sufrido por el destacamento del teniente Motta. Lamentablemente no fue tan afortunado en su segunda estancia en Baler. Falleció de disentería el 30 de septiembre de 1898, siendo el tercer fallecido entre los sitiados y el primero por esta enfermedad. Sus padres le sobrevivirían, siendo los beneficiarios de su pensión.
- **Soldado Ramón Donat Pastor.** De la localidad valenciana de Onteniente. Fallece tan solo horas después y de la misma enfermedad que el cabo Chaves. Era superviviente del ataque al destacamento de Motta. Aún en el mes de junio de 1903 se buscaba el paradero de su padre, beneficiario único tras el fallecimiento de su madre de la pensión generada por su heroico comportamiento.
- **Soldado José Lafarga Abad.** Natural de Angüés (Huesca). A pesar de su posición económica desahogada, decidió acudir a la llamada de la Patria y cumplir con el servicio de las armas. Falleció de disentería el 22 de octubre de 1898. Los hechos que rodearon su fallecimiento crearon una situación incómoda entre Martín Cerezo y los franciscanos. Lafarga dejó 32 pesos a los religiosos en concepto de misas de difuntos, lo que propició que el oficial formase a la fuerza y diese unas consignas con el fin de evitar hipotéticos abusos por parte de los franciscanos sobre los moribundos. Las relaciones entre el oficial y los religiosos sufrieron un serio deterioro tras este episodio.
- **Soldado Román López Lozano.** Natural de la localidad burgalesa de Villanueva, falleció de beriberi el martes 25 de octubre de 1898. Recibió sepultura en la sacristía. Fue su madre, Francisca Lozano, la beneficiaria de la pensión.
- **Soldado Juan Fuentes Damiá.** Nació en Barcelona el 2 de abril de 1874 y falleció víctima de la epidemia de beriberi el 11 de noviembre de 1898, jornada aciaga en la que tres soldados fallecieron de enfermedad. Antes de su partida a Filipinas contrajo matrimonio con su prima Teresa Damiá Casanova en la Parroquia de San Miguel Arcángel de Barcelona.

---

<sup>47</sup> La Tarde. Sábado, 30 de marzo de 1946

- **Soldado Baldomero Larrodé Paracuellos.** Nacido en Tauste (Zaragoza). Fallece de beriberi el 9 de noviembre de 1898. El Consejo Supremo de Guerra y Marina denegó la pensión en primera instancia a sus padres en 1900 alegando que carecían de derecho al no haberse producido el fallecimiento de su hijo por acción de guerra sino por enfermedad común. Posteriormente el dictamen fue convenientemente subsanado.
- **Soldado Manuel Navarro León.** Nació el 20 de diciembre de 1876 en la localidad gran Canaria de Mogán. En la defensa de Balser protagonizó una heroica salida protagonizada en solitario poco después de la realizada por Gregorio Catalán. Con su templeza y valor, Manuel consiguió llegar hasta las posiciones enemigas y prender una de ellas desde la cual eran fuertemente hostigados. Falleció de beriberi el 9 de noviembre de 1898.
- **Soldado Pedro Izquierdo Arnáiz.** Burgalés. Fue la novena víctima de la epidemia de beriberi, siendo enterrado en el interior de la sacristía el 14 de noviembre de 1898. Antes de su pase a Cazadores había formado parte del Regimiento de Artillería de Plaza n.º 2, destacándose en la toma de la localidad de Pérez Dasmariñas entre el 24 y 28 de febrero y 4 de marzo de 1897. Recibió por ello una Cruz de Plata al Mérito Militar con distintivo rojo.
- **Soldado Rafael Alonso Mederos.** Nació el 31 de octubre de 1877 en la localidad de La Oliva en Fuerteventura. Era uno de los supervivientes del ataque del destacamento de Motta que regresaba a Balser. Durante el ataque de octubre de 1897 sufrió cautiverio atado fuertemente a un árbol con unos bejucos hasta su liberación. Las heridas causadas fueron de tal grado que estuvo impedido de movimiento durante semanas. Fallece de beriberi el 8 de diciembre de 1898, festividad de la Inmaculada Concepción, patrona de la Infantería española.
- **Soldado José Manuel Sanz Beramendi.** Era uno de los de mayor edad del destacamento. Había nacido el 28 de agosto de 1858 en Sagüés, Cizur, localidad vecina a Pamplona. Fue el último de los fallecidos por beriberi, el 15 de febrero de 1899. A Balser llegaba con una cruz de plata al Mérito Militar en recompensa a su comportamiento en las operaciones de La Laguna, Batangas y Tayabas desde el 15 de diciembre de 1896 hasta el 9 de febrero del siguiente año. Pudo recibir enterramiento en el exterior de la iglesia, junto a la trinchera, siendo sus restos de difícil localización cuando se realizó la exhumación.

- **Soldado Salvador Santamaría Aparicio.** Nació el 25 de marzo de 1874 en Alcira (Valencia). Pertenece a la quinta de 1893 y residía en la capital valenciana. Albañil de profesión, queda exento temporalmente de su incorporación al servicio por ser hijo de padre impedido y carente de recursos. Curiosamente, según su hoja de servicio acude posteriormente a Filipinas a finales de 1897 como soldado sustituto. El 7 de mayo de 1899 recibe una herida de bala de extrema gravedad. La trayectoria del proyectil y la fuerza de rebote nos hace pensar que la bala fue disparada por la ametralladora del bote del *USS Yorktown* requisada al teniente Gillmore por los sitiadores. Falleció tras cinco días de agonía el 12 de mayo de 1899, siendo una de las dos bajas por fuego enemigo del asedio.
- **Soldado Marcos José Petanas.** Es uno de los que participa en la quema del pueblo bajo las órdenes del cabo Olivares. En enero recibió una herida de bala en la región parietal izquierda, sin consecuencias. Quiso su suerte que falleciese de disentería el 19 de mayo de 1899 –tan solo 16 días antes de la finalización del asedio– resultando ser el último fallecido. Fue enterrado en la trinchera, entre la puerta lateral de la plaza de los naranjos y el baptisterio.
- **Fray Cándido Gómez-Carreño Peña.** Franciscano, nació en Madridejos (Toledo) el 1 de diciembre de 1868. Superviviente del ataque al destacamento Motta, estuvo a punto de ser fusilado por incitar a los españoles prisioneros a la insubordinación. La firma del Pacto de Biak-na-Bato le salvó la vida. Durante el famoso sitio, «a pesar de su carácter impetuoso y enérgico, supo ganarse el afecto del señor comandante político militar, la amistad del teniente Alonso y el aprecio de todos los soldados del destacamento<sup>48</sup>». Establece junto al comandante De las Morenas la costumbre de rezar diariamente el Rosario, actividad de obligado cumplimiento para los francos de servicio, que ayudará a mantener unida a la tropa y que muchos de los supervivientes tomarán como costumbre tras su repatriación. Es la primera víctima por beriberi, falleciendo el 25 de agosto de 1898 a los 77 días de asedio.

En pocos trazos, estos son los héroes que hicieron posible que la bandera española ondease durante 337 días en el campanario de la iglesia de Baler. Lejos de las equivocadas percepciones que podamos tomar de proyectos cinematográficos, series televisivas, documentales, novelas y ensayos

---

<sup>48</sup> MINAYA ROJO, Fray Félix. Opus cit.

históricos desafortunados u otras fuentes poco rigurosas, los héroes de Baler no estaban locos ni forjaron su gesta en búsqueda de la gloria, sino que tuvieron un mejor motivo para permanecer en su defensa: Habían llegado a Baler con una misión y el cumplimiento de su deber y su juramento a la bandera de España exigía su sacrificio para conseguir su cumplimiento. Aunque no eran ventajosas, se daban las condiciones que les permitía aguantar hasta la llegada de fuerza española que les socorriese. Era cuestión de combatir, resistir y esperar. En palabras de Saturnino Martín Cerezo «Bien poco era todo ello, contrastando con el desarrollo de la epidemia, las fatigas del sitio y lo remoto de que se pudiera socorrernos; pero aún teníamos suficientes municiones, una bandera que sostener mientras nos quedara un cartucho y un sagrado depósito, el de los restos de nuestros compañeros, que guardar contra la profanación del enemigo. Podíamos resistir y resistimos<sup>49</sup>». Ante la inexistencia de orden superior por escrito y la imposibilidad de comprobar por sus propios medios la veracidad de las comunicaciones del enemigo, su posicionamiento no dejó lugar a interpretaciones. Ejemplo para nosotros y generaciones venideras, este grupo de representantes de toda España merecen nuestro respeto por su inmensa generosidad y nuestra admiración por sus valores, su compañerismo y su lealtad.

Tenemos aún una deuda histórica con aquellos que lo dieron todo sin pedir nada a cambio: La concesión de la Cruz Laureada de San Fernando individual al comandante médico militar Rogelio Vigil de Quiñones y Alfaro —como determinó el dictamen final del juicio contradictorio— y la colectiva para las clases y tropa del destacamento. Ojalá el 120 aniversario de la finalización de su gesta se cierre con la reapertura del proceso que termine con el justo reconocimiento a nuestros héroes de Baler.



**Placa de Baler**

<sup>49</sup> MARTÍN CERESO, Saturnino. El Sitio de Baler, Notas y Recuerdos. Pág. 90. Primera Edición. Taller tipográfico del Colegio de Huérfanos. Guadalajara, 1904.

## BIBLIOGRAFÍA

- LEIVA, Miguel y LÓPEZ DE LA ASUNCIÓN, Miguel Ángel: *Los Últimos de Filipinas. Mito y realidad del Sitio de Baler*. Actas, San Sebastián de los Reyes, 2016.
- MARTIN CERESO, Saturnino: *El Sitio de Baler; Notas y recuerdos*. Primera Edición, Taller tipográfico del Colegio de Huérfanos. Guadalajara, 1904.
- El sitio de Baler. Notas y Recuerdos*. 2ª edición corregida y aumentada. Imprenta de Antonio G. Izquierdo. Madrid, 1911.
- El Sitio de Baler. La historia de los Últimos de Filipinas relatada por su más destacado protagonista*. 5ª edición corregida y aumentada. Prólogo de Azorín. Ministerio de Defensa. Madrid, 2000.
- MINAYA ROJO, Fray Félix: *Defensa de Baler o sucesos ocurridos en el pueblo de Baler durante la insurrección en Filipinas y prisión de los padres franciscanos*. Manuscrito, sin fecha. AFIO.
- PELLICENA CAMACHO, Joaquín: *Los últimos repatriados*. Apuntes de un periodista. Imprenta El Mercantil. Manila, 1904.

## ARCHIVOS

- AGMS. Caja 3523/28068. Causa instruida con motivo del fusilamiento del cabo Vicente González y soldado Antonio Menache en el destacamento de Baler (Filipinas) por el jefe del mismo, hoy capitán de la E.R., D. Saturnino Martín Cerezo.
- AGMS. Caja 3351/26628. *Expediente instruido en averiguación de la conducta observada por el destacamento de Baler durante el sitio que sufrió desde el 27 de junio del año 1898 hasta el día 2 de junio de 1899 en que capituló*. Manila, 1899.
- AFIO (Archivo Franciscano Ibero Oriental): MINAYA ROJO, Fray Félix: *Defensa de Baler o sucesos ocurridos en el pueblo de Baler durante la insurrección en Filipinas y prisión de los padres franciscanos*. Manuscrito. Sin fecha.

## PRENSA Y PUBLICACIONES

- Gaceta de Tenerife*. Sábado, 11 de octubre de 1919.
- La Región Canaria*. Martes, 26 de septiembre de 1899.
- La Tarde*. Sábado 30 de marzo de 1946
- Revista Iris*. Septiembre 1899.